

Capítulo 1 El Proceso De Empobrecimiento

El Largo Camino Hasta El Hoy

Los argentinos sufrimos de varios tipos de pobreza. La pobreza económica es la más dura y la más reconocida. Pero no es la única, hay otras también graves, como la que podríamos denominar “pobreza de ciudadanía” y también la “pobreza de futuro”.

La pobreza de ciudadanía está relacionada con la falta de ética en las instituciones públicas y privadas, en la vida política y social. El proceso de continuo empobrecimiento, sumado a la pobreza de ciudadanía, produce la sensación de falta de futuro y también lo que acabamos de llamar “pobreza de futuro”. Decimos que estas pobreza son graves pues enmarcan y profundizan la más reconocida pobreza económica produciendo un círculo vicioso del que hay que salir por algún lado. Ser ciudadano implica no sólo votar, no sólo tener la posibilidad de trabajar con un ingreso decente, sino también vivir y convivir con una ética moral y social, con instituciones en las que se pueda confiar, con reglas transparentes que todos respetemos, con una justicia en la que se pueda creer.

Exactamente estos últimos aspectos, que son cruciales, parecen empezar a cambiar. De algún modo, la “pobreza de ciudadanía” esta descendiendo en la Argentina.

No menor ha sido el impacto que ha tenido el hecho de que, como resultado de las medidas económicas tomadas, el proceso de caída parece haberse detenido, hasta es comprobable el crecimiento en algunos sectores. Queremos hacer hincapié en la importancia que tiene para la gente el sentir que hemos tocado piso, que no nos seguimos hundiendo. Muchos todavía no han comprobado en piel propia las mejoras pero tienen la esperanza de comprobarlo. Para poder mirar para arriba primero hay que poder dejar de mirar para abajo. Como lo hemos afirmado hace tiempo, el estar en caída remota sin saber cuánto se seguirá cayendo y no encontrar en piso donde asentarse produce un indecible pánico (Minujin, 2001).

Pero también sabemos, y no debemos olvidar, que arrastramos un lastre pesado en todos los aspectos que hacen a la vida institucional, social y económica.

Recordemos que hace muy poco, para fines del año 2001, la caída que venía anunciándose se hizo tan vertiginosa que muchos la percibieron como una suerte de explosión que los arrojó al vacío. “Ya me la veía venir”, afirman otros muchos. Pero la cantidad de “sorprendidos” y acorralados por el “corralito”, así como los generalizados comentarios y análisis de corto plazo acerca del desastre argentino parecen señalar que no existía plena conciencia de que el profundo proceso de empobrecimiento y cambio de la estructura social, cultural y económica del país lleva un largo tiempo.

En efecto, el empobrecimiento de los sectores medios comenzó varias décadas atrás. En los albores de los años noventa, advertíamos en un libro denominado Cuesta Abajo, los devastadores efectos que estaba teniendo el empobrecimiento en los sectores medios (Minujin, 1992). Este

Autor. Minujin - Anguita

proceso de caída no ha sido lineal ni equilibrado. No se inició con un grupo de clase media para luego generalizarse, sino que se produjo por oleadas. Esto no debe llamarnos la atención, pues bien sabemos que en los fenómenos sociales (y en los físicos también) no existe la línea recta y el equilibrio es un raro avis que gusta a los economistas. En todo caso, quien más quien menos, todos sabemos que el equilibrio es por definición inestable.

Durante un largo periodo de la historia de la Argentina, la clase media, aliada históricamente con la alta, participó y engordó en un banquete de bodas pensando que era la novia agraciada y correspondida por el príncipe de clase alta. Pero he aquí que el novio la traicionó, excluyéndola por completo de sus futuros planes. Para peor desapareció al momento de pagar. A los familiares pobres se les exigió el pago, pero al ser pobres no podían dar demasiado. Le tocó a ella misma, a la clase media, restringirse, ajustarse, vender todo lo posible y hasta a veces lo imposible, y tratar de adaptarse a situaciones antes impensables. Nuevamente cabe decir que la historia no es así de lineal y simple. Como pasa en la vida al estar inmerso en la situación, las cosas no se ven en el momento, por más que a posteriori parezcan nítidas y evidentes.

Esta simple parábola no busca culpabilizar a la clase media por lo sucedido en el país. Intenta llamarla a la reflexión para aprender de la dolorosa experiencia que hemos vivido. Se trata, tal vez, de no creerse que se es lo que no se es y por el contrario potenciar lo que si se es, que no es poco. Se, trata de aprovechar los buenos vientos que soplan para cambiar el rumbo del país y para que la clase media, esta vez, sea protagonista de la recuperación del país y de su propio resurgimiento.

Del Sueño Argentino Y Las Pasadas Glorias De La Clase Media

Tal vez, por un efecto relacionado con el tiempo transcurrido, podría parecer que el proceso de conformación y ascenso de la clase media ha sido más ordenado que el de su caída.

No ha sido así. Este proceso de ascenso, que marca el siglo pasado y abarca al menos seis décadas del mismo, si bien ha estado signado por un movimiento ascendente de los sectores sociales, no fue siempre parejo. Por el contrario, ligado a los movimientos políticos y económicos internos y a las coyunturas internacionales, pueden mencionarse diversas etapas que beneficiaron a distintos sectores sociales que fueron integrando lo que denominamos clase media.

A pesar de esto, debemos tener claro que si bien el proceso de crecimiento de la clase media, tanto en tamaño como en situación económica, no fue continuo, si era cierto que cada generación podía esperar que la siguiente estuviera "mejor". Es este aspecto el que entraría en crisis y que podríamos denominar el "gran quiebre" que se produce en los últimos veinticinco años.

Mencionemos a vuelo de pájaro algunos de esos momentos o etapas de conformación de la clase media. Sus brotes iniciales se constituyeron con el ascenso de los sectores no ligados directamente a la tradicional ganadería, como el crecimiento de la incipiente industria y la aparición del campo de los profesionales, todo esto en el contexto de las fuertes inmigraciones de origen europeo en las primeras décadas del siglo XX que dieron lugar al ascenso del partido radical y a la pérdida de poder de la oligarquía tradicional.

Autor. Minujin - Anguita

El peronismo, más tarde, implicó un avance en términos de poder y también de ascenso social de los trabajadores, situación que en algunos momentos creó tensión con parte de los sectores medios, aunque agregó una nueva vertiente a su conformación.

El posterior periodo desarrollista fue un momento de auge para los sectores medios que engrosaron sus filas en el contexto de una creciente urbanización.

Así, la clase media se fue formando con sectores sociales de diverso origen provenientes de grupos de asalariados, trabajadores por cuenta propia y profesionales, al compás de una movilidad social ascendente que en algunos momentos favoreció más a unos que a otros.

Lo cierto es que no siempre han sido los mismos sectores los que avanzaron y engrosaron las filas de la clase media, no todo fueron rosas en su camino y, por consiguiente, el ascenso no fue permanente. Basta recordar el famoso “ajustarse el cinturón” para “pasar el invierno” del tristemente recordado Álvaro Alzogaray y de fines de los años cincuenta. Siguiendo corrientes liberal-conservadoras en boga por entonces, Alzogaray, nombrado ministro de Economía, se propone como salvador de la patria imponiendo un ajuste de los que luego constituyeron el pan de cada día. Utilizando un nuevo medio de comunicación, la televisión, llamó a los distintos sectores, muy especialmente a los medios, a sacrificarse por una corta temporada, que según él abarcaría sólo un invierno, para luego disfrutar de los resultados. Visto hoy, aquel ajuste parece una nimiedad, pero significó un golpe bastante duro en su momento para la clase media. Aparecía también como novedad el pago de salarios y de deudas del estado en “bonos”. Aquellos bonos no eran aceptados con tanta facilidad como se aceptaría más tarde la diversidad de “monedas alternativas” que se crearon en la Argentina.

Otro aspecto que es necesario recalcar en la conformación de la clase media es el papel de la educación en el proceso de nivelación social. El acceso masivo a una educación pública de calidad fue un gran elemento de integración social. El avance a los niveles secundarios y terciarios de una parte muy significativa e importante de la población marcó en forma indudable el peso de la clase media argentina.

No es posible hacer un paralelismo mecánico con el reciente proceso de caída de la clase media, pues si bien éste también es masivo, no necesariamente implica la desaparición de ese sector cuyas raíces están ligadas al ámbito de la cultura, que no se destruyen por causas directamente ligadas o asociadas con el empobrecimiento, al menos en el mediano plazo. Pero, al menos una parte están en peligro de extinción y en conjunto ha sufrido un tremendo empobrecimiento que trasciende lo económico. Luego de este proceso de empobrecimiento los chicos tienen muchas menos posibilidades de adquirir cultura que las que tuvieron sus padres, o sus hermanos mayores.

Por ejemplo, un chico de clase media que hace quince o veinte años iba al colegio, estudiaba algún idioma, aprendía algún instrumento musical, tenía un club para hacer deportes, iba al cine, al teatro o al parque de diversiones sin restricciones monetarias, tomaba por lo menos un mes de vacaciones afuera -eso también es cultura-, podía adquirir libros o música sin desbaratar el presupuesto familiar y estar razonablemente vestido, es un chico que hoy cuesta entre 1.500 y 2.000 pesos mensuales, y eso que todavía no le dimos de comer. A un promedio de dos hijos por familia, que además debe

pagar impuestos, servicios, comer, etc., ¿cuánto dinero haría falta en una familia típica de clase media para seguir sosteniendo el nivel cultural? Y todavía es peor, pues aun habiendo restringido gastos, esa familia ha debido bajar la calidad de su alimentación en forma afirmante.

Para comenzar a desarrollar el tema intentaremos descifrar qué significa ser “clase media”, cuáles son sus características principales y qué parámetros económicos, políticos y culturales utiliza en sus relaciones cotidianas, en su vida en “sociedad”. Luego realizaremos un relato histórico del proceso de cambio social ocurrido en la Argentina, caracterizado en la clase media.

Definiendo La Clase Media

No ha resultado simple a los estudiosos definir a la clase media en términos estructurales, es decir, con relación a la propiedad de los medios de producción y el mercado de trabajo, ya que una buena parte de la misma se destaca por su actitud y comportamiento frente a situaciones políticas o sociales más que por su inserción productiva.

Es posible determinar a la clase media no sólo en su relación con la posesión de los medios de producción y su posición en el mercado de trabajo, sino también por sus habilidades en el área educativa, su formación y sus conocimientos, por sus patrones de consumo y “estilo de vida”. La definición de clase media no pasa por una identidad común objetiva, respaldada materialmente, como la de los terratenientes o los obreros, sino por lo que algunos denominan “identidad simbólica”. Esta identidad comparte laxos patrones como los antes mencionados (Weber, 1980). Para ser más sistemáticos, se puede caracterizar a la clase media como aquella que cuenta con cierto capital, el cual puede ser tanto económico, como social y/o cultural (Bourdieu, 1980; Lomnitz, 1990; Tironi, 1985).

Asimismo, tomando el concepto de clase social en relación al poder, la clase media puede ser definida como aquella que esta entre el capital y el trabajo (Zweig, 2000). Analizando lo sucedido en los Estados Unidos, Zweig dice: “En los últimos años la clase media se dividió. A aquellos de la clase media asociados en sus vidas y trabajo con la clase trabajadora, les fue bastante mal. A los más asociados con la clase capitalista en cambio les fue muy bien”. Si bien la aproximación conceptual resulta demasiado estrecha puede resultar útil al analizar “ganadores” y “perdedores” en el proceso de disgregación de la clase media argentina.

La amplitud y posibles mezclas alternativas de los ingredientes mencionados –nivel económico, relaciones sociales, nivel educativo, pautas de consumo y otros aspectos que hacen a la identificación cultural– hacen que se sientan parte de ese sector personajes tan heterogéneos y distintos como una médica de prestigio, un maestro de escuela de frontera, un político de nivel local, un comerciante, una empleada, un peluquero y una senadora nacional, entre tantas profesiones y oficios.

Más allá de las definiciones, cuando se habla de clase media el común de la gente entiende que se trata de ese gran sector que no es ni muy pobre ni muy rico, es decir, que esta en el medio.

En nuestro país, esta laxa noción operó como un marco ideal de referencia, como un “modelo” de identificación que permitió la auto-inclusión social de amplios grupos de la población en un estrato

determinado. Lo cual a su vez determinó el peso y la importancia social que dichos segmentos tuvieron en la estructura social de la Argentina (Feijoo y otros, 1992).

En efecto, el “modelo” cultural imperante para los trabajadores en ascenso social durante los altos cuarenta, como los muestran ilustraciones de libros de la época, era el de una idealizada clase media: él con corbata, rodeado por esposa y dos hijos, rodeado de los elementos típicos de los sectores medios de aquellos tiempos (Romero, 1994; Torre, 2002).

Su existencia real y el imaginario sobre la misma delinearon los contenidos del sueño argentino, de una sociedad más o menos abierta, con posibilidades de crecimiento individual y colectivo (aunque se priorizarán los primeros), así como su movilidad social ascendente en la que el progreso personal coronaba el esfuerzo.

Soñar No Cuesta Nada

El socio de una tierra llena de riquezas y prosperidad para los que a ella llegaran aparece en el propio nombre del país “Argentina”, cuya raíz está en el latín *argentum*: metal plateado precioso, maleable, altamentepreciado en el mercado. Pero más allá de los deseos de los conquistadores de encontrar ese metal, fue la llamada “generación del ochenta” la que para fines del siglo XIX da forma y organiza esos sueños con dos moldes de la modernidad.

Este sueño se convalida en sus momentos iniciales dado el alto posicionamiento de la Argentina en el contexto mundial. Para principios del siglo XX, el país estaba entre las diez naciones económicamente más importantes del mundo, por encima de Italia y España. A eso se le agregaba la impronta de los millones de inmigrantes que llegaban a esta tierra promisoría, soñando con hacerse la América. Por entonces, para ellos, la distinción entre norte y sur carecía de sentido práctico y tanto uno como el otro estaban llenos de posibilidades.

Para 1895, el segundo Censo de Población indicó un total de alrededor de cuatro millones de habitantes en el país. De ellos, un millón (el 25 %) eran extranjeros. Y de ese grupo, el 88% era de origen europeo. En 1914, el siguiente Censo arrojó un total de población de algo más de ocho millones, mientras que el grupo de origen extranjero se elevó al 30%. Si a este porcentaje se agregan aquellos que constituyeron la primera generación en el país, es decir, hijos de inmigrantes recientes, se estima que cerca de la mitad de la población eran inmigrantes europeos recientes.

Por esto, en los dos primeros decenios del siglo XX, la Argentina registra, en promedio, la tasa de crecimiento más elevada del continente americano.

Entre 1870 y 1930, alrededor de 6 millones de inmigrantes de origen italiano, seguido por españoles, pero también rusos, polacos, sirios y otros muy diversos orígenes, llegan a la Argentina (FIDH, 2002).

Esta fuerte corriente migratoria, mayoritariamente de origen europeo, formaba también parte del proyecto poblacional gestado a fines del siglo XIX. Estos inmigrantes generaron un doble efecto:

reforzaron el sueño de la tierra "argentina" y al mismo tiempo provocaron cambios que hacen más compleja la estructura social y de poder político del país.

Por aquellos tiempos, la Argentina era sin duda una tierra promisoría. En ella los inmigrantes lograron mejores condiciones de vida que en sus países de origen y sus hijos podían aspirar a crecientes niveles cualitativos de educación. Hasta mediados del siglo XX, la Argentina era un país cuyos indicadores sociales no se diferenciaban de los hoy llamados países desarrollados. De acuerdo con el cuarto Censo de Población realizado en 1947, la tasa de mortalidad infantil en la Argentina era de 92,9 por mil nacidos vivos para los varones y 79,3 para las mujeres. Al mismo tiempo, para 1940, en Italia las cifras alcanzaban los 106,9 y 92,4 respectivamente y en España los valores se ubicaban en 175 y 148. Por su parte, en Chile se elevaban a 249 y 230 respectivamente (INDEC, 1965).

Asimismo, la vida media en la Argentina era comparable a la de Alemania, más elevada incluso que la de España e Italia y casi el doble que en Chile. Estos valores están lejos de los de la Argentina actual pues la mortalidad infantil ha bajado de manera crucial y la esperanza de vida ha aumentado en todo el mundo. Pero, por ejemplo, la mortalidad infantil en nuestro país es el doble de la de los países desarrollados y superior a la de Cuba, Costa Rica, Uruguay y Chile.

Miles de familias se fueron incorporando a la clase media con una creencia y una sensación de que, a pesar de algunos bajones, el ascenso seguiría. La vida, crecimiento y mejoramiento de la clase media parecía asegurada. Nada hacía prever su derrumbe y tal vez desaparición. ¿Nada?

La Clase Media Ocupa El Centro Del Escenario

Uno de los aspectos que suele subrayarse en relación con la clase media es su debilidad estructural, debido a que constituye un tercer actor sin peso específico propio, situado entre los dos grandes agentes sociales y políticos de la sociedad moderna: la burguesía y las clases trabajadoras. Esta debilidad estructural explicaría tanto sus comportamientos políticos como sus rasgos culturales (Svampa, 2001).

Sin embargo, esta supuesta debilidad constituye tal vez su principal fortaleza. La inasible clase media ha sido uno de los factores determinantes del cambio que ha tenido la historia del siglo XX de la Argentina. Carente de una clara representación corporativa y simultáneamente omnipresente, la clase media constituye un factor de poder al que, a lo largo de la historia, los políticos tratan de seducir y los empresarios y banqueros de captar. Buena parte de los gobiernos han tratado de agrandar a la clase media y de representar sus tal vez difusos intereses.

En el caso de la Argentina, una de sus características, sobre la que coinciden análisis efectuados desde perspectivas y orientaciones muy diversas, la constituye la importancia relativa del peso social de las clases medias (Murmis y Feldman, 1992).

Los sectores medios de la Argentina, se caracterizan por dos rasgos centrales: el primero es que se definen por su cultura: ellos son, ante todo, una clase educada, con niveles medios y medios-

altos de instrucción y formación, lo cual no es casual, ya que el mandato para los hijos de los inmigrantes era: techo propio y estudio. La relación privilegiada con la educación aparece entonces como el instrumento por excelencia de la movilidad social ascendente y, a la vez, como el criterio distintivo respecto de las otras clases sociales.

El segundo aspecto se encuentra íntimamente ligado al anterior, pues la expansión de las clases medias urbanas se halla en estrecha relación —y hasta dependencia— con el desarrollo del Estado. En efecto, en América Latina los sectores medios se expandieron sobre todo en aquellos países donde el Estado intervino activamente como productor de bienes y servicios. Esta expansión se materializó por medio de al menos tres vías.

Por una parte, el empleo público. Desde los barrenderos municipales hasta los empleados bancarios, pasando por las enfermeras o los carteros, todos ellos conformaron una creciente masa que accedió a empleos permanentes, con prestaciones y servicios que los llevó a sentirse parte de la clase media. El estado se ocupó también de que hubiera escuelas y universidades gratuitas, así como de generar instituciones que permitieran la investigación básica, primaria y de aplicación tecnológica, como el CONICET, el INTA o el INTI de las cuales surgieron maravillosos investigadores, alguno incluso premio Nobel.

Por otra parte, el proceso de industrialización de sustitución de importaciones bajo la protección del Estado, durante un considerable tiempo impulsó el crecimiento de empresarios nacionales y de pequeñas y medianas empresas.

Finalmente, la expansión de los niveles de educación fue ampliando un grupo profesional independiente o semi-independiente de abogados, médicos, psicólogos y otros muy diversos, todos ellos claros ejemplares de clase media. En los años sesenta estaba en boga decir que los sectores medios constituían “el motor del crecimiento económico”. En efecto, en varios países de América Latina, pero muy especialmente en la Argentina, tanto el consumo como una gran parte del ahorro provenían de ellos. Se pensaba que la creciente clase media en los países de la región podría sustentar el proceso de modernización y democratización requerido para incorporarse a las sociedades industrializadas (CEPAL, 1963). En sus trabajos, el sociólogo francés Alan Touraine (1988) se ocupó de establecer la correlación entre desarrollo y clases medias latinoamericanas durante el siglo XX subrayando que el dinamismo modernizador de éstas habría de convertirlas en un agente central en el proceso de desarrollo.

En términos de estructura ocupacional, en 1947 la totalidad de la clase media urbana constituía el 40,6% de la fuerza de trabajo total, incluyendo a empleados en comercios y servicios, como bancarios, vendedores, oficinistas y cuentapropistas, además de profesionales de todo tipo. Obviamente no faltaban trabajadores calificados y empresarios menores. En 1960, constituían el 42,7%; en 1970, el 44,9% y en 1980, el 47,4% (Torrado, 1998). Por otro lado, entre 1947 y 1960 las ocupaciones de los miembros de la clase media se expandieron más rápido que aquéllas correspondientes a las clases trabajadoras (Svampa, op. cit.; Torre y Pastoriza, 2002).

Es posible distinguir dos grupos en el interior de las clases medias: asalariada y autónoma. El primer grupo, mayoritario comprende a empleados, técnicos y profesionales del sector público y

privado, nacional y provincial, quienes durante décadas gozaron de un régimen colectivo de “protección” social y, en el caso de los empleados públicos, de una relación privilegiada con el Estado (Torrado, op. cit.). En este sentido, es oportuno citar que en 1947 la clase media asalariada constituía el 26,6% de la fuerza total de trabajo; en 1960, el 28,4%; en 1970, el 34,1%, mientras que en 1980 llega al 34,9%.

En tanto, el segundo grupo, la clase media autónoma, es decir una relativamente amplia franja de propietarios, industriales y comerciantes, en 1947 constituía el 14% de la fuerza de trabajo total; en 1960, el 4,3%; en 1970, el 11,8% y en 1980, el 12,5%. Dentro del volumen global de la clase media, los autónomos sumaban un total del 26,2% y 26,3%, para 1970 y 1980, respectivamente, siendo los comerciantes el sector más ampliamente representado, con el 17,1 y el 17,7%, para las dos décadas mencionadas.

La estructura de clase media que se fue moldeando en la Argentina a través de los años se erigió sobre un modelo de ascenso casi permanente, que se ponía en evidencia de múltiples maneras, aunque la forma más clara y visible quedaba a cargo del “mágico mundo del consumo”. María del Carmen Feijoo describe este mundo con precisión:

En las sociedades modernas, el consumo implica un proceso social que va más allá de la mera adquisición de satisfactores –bienes y servicios que se compran en el mercado– y constituye un proceso de ubicación en la sociedad, una forma de constitución de una auto imagen, la formulación de un modo de vida. Obviamente, este proceso social del consumo no es autónomo de la forma en que las familias y las personas se insertan en el proceso productivo y las estrategias de consumo son la contracara de las decisiones que se toman en el área de la generación de ingresos (Feijoo, 1992).

Durante mucho tiempo se especuló con la idea de que en la Argentina los pobres sólo ocupaban los llamados “bolsones de pobreza”. Se interpretaba esto como parte del proceso migratorio rural-urbano y de los países limítrofes y se afirmaba que dichos grupos, aislados espacialmente, tenderían a desaparecer a medida que lograban incorporarse al empleo asalariado formal, a través de la educación y otras formas de integración que implicaban, asimismo, un proceso movilidad social ascendente. Sin embargo, los hechos demostraron todo lo contrario.

Comienza La Debacle. Negros Tiempos De La Junta Militar

El proceso de relativa incorporación de los pobres y de movilidad ascendente comienza a deteriorarse para fines de los años sesenta. El golpe militar que pone a Onganía al frente del gobierno, la muerte del Che, el “cordobazo”, la CGT de Ongaro, el nacimiento de las organizaciones armadas, y el asesinato de Aramburu enrarecen el clima político, tendencia que se acelera después de mediados de los años setenta.

Fue con la Junta Militar de 1976 que se sentaron las bases del cambio significativo de la estructura social argentina. Allí “quedó echada” la suerte de la clase media, no sólo en lo inmediato y lo económico: en el proceso de exterminación de la denominada subversión, también se perdió una

generación que hubiera sido, seguramente, la de los dirigentes de hoy.

En marzo de 1976 los militares argentinos derrumbaron el debilitado gobierno de Isabel Perón. No faltaba demasiado para que a través de elecciones democráticas pudiera producirse un cambio institucional, pero la situación se había deteriorado profundamente: el grupo para-militar denominado "Triple A" estaba en acción, la inflación crecía, la situación económica había empeorado y el Gobierno había lanzado un fuerte ajuste.

Si bien la dictadura significó la cristalización de tendencias pre-existentes en el país, marcó un profundo cambio tanto por la crueldad de sus acciones, como por el decidido alineamiento con las corrientes neoliberales.

El gobierno militar lanza en lo económico una apertura de mercados y asume claramente el discurso neo-liberal. Esto se realizó en el marco de una ética individualista, carente de los más mínimos rasgos de solidaridad, y justificativa de las más elementales violaciones a los derechos humanos y del incremento de la corrupción. La "guerra sucia" y la lucha contra las ideas "extranjerizantes" justificaba todos los movimientos políticos del gobierno militar, sin dejar de lado el estilo propio de autoritarismo castrense.

Si bien es posible que sea el plano social-ético-cultural el que ha sufrido daños más indelebles y, de alguna manera, constitutivos de la sociedad emergente, lo sucedido en el plano económico también fue sencillamente "trágico" y marcaría la realidad económica y social a futuro.

Ninguno de estos significativos cambios llegó de la nada, sino que aparecieron en toda la historia del país. Pese a que acompañaron procesos mundiales, estas modificaciones se amplificaron en la Argentina, poniendo en marcha un estilo propio, no demasiado positivo al menos para la mayoría de la población que se quedó sin su parte de la torta.

En esta línea, podemos decir que a partir de la maxi-devaluación de devastadores efectos inflacionarios realizada en junio de 1975, que fuera conocida como "el Rodrigazo", en honor del entonces ministro de Economía de Isabel Perón, y sobre todo con la implementación de las políticas de Martínez de Hoz, se desplegó un proyecto de apertura de la economía y liberalización del mercado de capitales que tenía como uno de sus componentes el "disciplinamiento" de los trabajadores.

Las Fuerzas Armadas se propusieron dos tareas principales: instaurar un nuevo tipo de régimen político tutelado permanentemente por los militares y lograr una reestructuración de la economía creando férreos mecanismos que disciplinaron a los actores productivos y permitieran rehacer el mercado de capitales.

Como parte de la más dura represión política conocida hasta el presente en el país, los dirigentes sindicales más combativos y los integrantes de la CGT fueron perseguidos. Un cable del 14 de junio de 1978 del entonces embajador de los Estados Unidos en Buenos Aires, señala la desaparición de trabajadores del sector de cerámica: "Estas desapariciones se dieron en relación a las dificultades laborales en la planta Lozadur que incluyó protestas de los trabajadores, en su mayor parte mujeres, contra los bajos salarios y malas condiciones sanitarias" (National Security Archive, 2003).

Autor. Minujin - Anguita

Esto fue una pieza más de lo que en términos económicos significó una política orientada a recomponer las tasas de ganancia de las empresas, seriamente erosionadas durante el tercer gobierno justicialista (1973-1976). Se fijaron “topes” máximos para los aumentos de salarios, los cuales estaban siempre por debajo de la inflación. Se produjo así, una marcada pérdida en los salarios reales. Los mismos caen alrededor de un 30% durante 1976, 13% en 1977 y 5% en 1978.

En materia cambiaria el ministro de Economía de la Junta Militar, José Alfredo Martínez de Hoz, instituyó un sistema de mini-devaluaciones periódicas, conocido como la “tablita”. Dado que las tasas de interés internas eran considerablemente más altas que las mini-devaluaciones programadas con antelación, era posible obtener pingües beneficios en dólares con el simple mecanismo de pasar dólares a pesos, prestarlos a altas tasas de interés y volver a cambiarlos a dólares. Este tipo de cambio casi fijo constituye un antecedente de la convertibilidad.

El plan de Martínez de Hoz respondía a una ideología y un proyecto que no salió de las mentes vernáculas, sino que era parte del proyecto neoliberal y comprendía personajes y países que no tomaban mate. El “experimento” argentino ayudó a conformar las recetas de lo que fue el llamado “Consenso de Washington” aplicado en los años noventa y al que volveremos a referirnos más adelante.

Una parte importante de la clase media se benefició con este sistema, aunque en realidad recibían las migas de aquel banquete que hacían los grupos financieros. Pero, ¿cómo se pagaban los beneficios que generaba esa especulación? Una de las explicaciones la da el enorme aumento de la deuda externa.

La deuda externa es también una historia de larga data, tal como puede observarse en el Cuadro 1. Relativamente poco importante, aunque en aumento en la segunda mitad de los años sesenta, puede observarse con absoluta claridad el salto que pega durante la última dictadura militar, aumentando el 364%, y luego en el periodo de Menem, con un aumento del 123%.

La deuda externa era de 10.000 millones de dólares a fines de marzo de 1976; con el advenimiento del “Proceso de Reorganización Nacional” aumentó a 13.600 millones a fines de 1978; a 19.000 millones a fines de 1979; 27.000 millones a fines de 1980 y 30.000 millones a fines de marzo de 1981, la mayor parte concentrada en el muy corto plato.

Esta deuda la adquirió tanto el Estado como las empresas privadas. Sin embargo, posteriormente, siendo Domingo Cavallo presidente del Banco Central, la deuda externa privada se “estatizó”, por lo que el Estado, y no quienes la contrajeron, debió afrontar su pago.

La experiencia significó costos muy importantes. Los pagos responsabilidad de los deudores privados que contrajeron la deuda y los riesgos deben ser asumidos por los prestamistas, que para eso cobran sobre tasas.

Año	Presidente de la Nación	Partido de gobierno	Monto deuda (millones de dólares)	% Aumento de la deuda en el periodo	Observaciones
1966	Onganía	Militar de facto	3.276	+ 46%	
1967			3.240		
1968			3.395		
1969			3.970		
1970	Levingston		4.765		
1971	Lanusse		4.800		
1972			4.800		
1973	Cámpora/ Perón	Peronista	4.890	+ 4%	A fines de 1975 cada habitante de la Argentina debía al exterior U\$S 320
1974	Martínez de Perón		5.000	+ 58%	
1975			7.800		
1976	Videla	Militar de facto	9.700	+ 364%	El mundo vive en la era de los petrodólares, los bancos internacionales ofrecen créditos fáciles a tasas bajas. Comienza el gran endeudamiento del Estado argentino. A partir de 1980 se produce un viraje en la economía mundial. El crédito se vuelve escaso y caro. Pero nuestro país no parece estar a tiempo de virar:

1977			11.700		sigue aumentando su deuda, urgido por desequilibrios fiscales y comerciales. A fines de 1983 cada habitante debía al exterior U\$S 1.500. (ver notas 1, 2 y 3)
1978			13.600		
1979			19.000		
1980			27.200		
1981	Galtieri		35.700		
1982			43.600		
1983	Bignone	Unión Cívica Radical	45.100	+ 44%	
1984	Alfonsín		46.200		
1985			49.300		
1986			52.500		
1987			58.500		
1988			58.700		
1989	Menem	Peronista	65.300	+ 123%	En 1992, el ministro Cavallo renegocia la deuda externa y logra ciertas postergaciones de las fechas de pagos y algunas deducciones de montos. Sin embargo, el endeudamiento sigue aumentando en forma galopante, engulléndose de paso lo que se pudo haber obtenido por las privatizaciones de empresas del Estado.

1990			62.200		
1991			61.334		
1992			62.586		
1993			72.209		
1994			85.656		
1995			98.547		
1996			109.756		
1997			124.832		
1998			140.884		
1999			146.219		
2000	De la Rúa	Alianza	147.667	+ 9%	A fines de 2000 cada habitante debe al exterior U\$S 3.800

Notas

1. A partir de 1976: las empresas privadas son alentadas a tomar créditos internacionales. En 1980 se inicia el fenómeno de convertir deuda internacional de empresas privadas en deuda del Estado.
2. A principio de 1976, cada habitante de Argentina debía al exterior U\$S 320; a fines de 1983, cuando los militares se fueron cada habitante pasó a deber U\$S 1.500 (en otros términos: la deuda trepó de 8 mil a 45 mil millones. ¿En qué se fue el dinero?: 1) compra de armas (y pagar comisiones por la compra), según estimaciones del Banco Mundial, se emplearon 10.000 millones; 2) cubrir deudas de empresas privadas, esta conversión es inaugurada por el ministro Sigaut y seguida por los sucesivos ministros como Jorge Whebe, así como los directivos del Banco Central, incluyendo a Domingo Felipe Cavallo.
3. En cubrir las deudas de varias poderosas empresas privadas se fueron 5.000 millones. Esas empresas habían tomado préstamos en el exterior y por imprevisión se encontraron de pronto en situación delicada. El Estado salió al rescate. Entre las empresas aludidas se contaban: Celulosa Argentina (1.500 millones), Cogasco (1.350), Autopistas Urbanas (950), Pérez Companc (910), Acíndar (650), Bidas (600), Banco de Italia (550), Alpargatas (470), Techint (350 millones)

Retomando la pregunta planteada, ¿cómo y quién paga?, la respuesta, sin duda demasiado simplificada y parcial, pero también cercana a la realidad, es que sólo se fueron pagando los servicios de la deuda y esto se hizo contrayendo más deuda y reduciendo el ingreso de los sectores bajos.

Respecto a quién la paga, por bastante tiempo se lo hizo con los permanentes ajustes que adecuaron los ingresos y ahorros de los sectores medios y bajos. De 320 U\$S por habitante que se debían en 1975, hemos pasado a deber cada uno de los argentinos nada menos que 3.800 U\$S. Si a esto le agregamos la caída del producto bruto interno y la caída de ingresos que hemos sufrido, podemos tener idea de la dimensión del desastre.

Es fundamental observar cómo este mecanismo fue reiteradamente utilizado, en particular en la década de 1990. Es por ello que al comienzo de este capítulo afirmábamos que el presente estado del país es consecuencia de un proceso que lleva al menos veinte años.

El Fin Del Período Militar

No es el objetivo de este ensayo entrara considerar los resultados del programa económico de Martínez de Hoz, pero desde una perspectiva histórica, vemos que el “dólar barato y el deme dos en Miami”, gracias a la “tablita”, coexistía con grandes sectores marginados de la economía real.

Lo cierto es que para comienzos de la década del ochenta el mundo militar comienza a resquebrajare y termina de derrumbarse con la aventura bélica de las Islas Malvinas. A pesar de la estrepitosa caída de los militares en 1983 y el retorno a la democracia, la marca de los cambios económicos y sociales permaneció indeleble y fue cristalizando con el tiempo. Es necesario recordar que, por más que el proceso argentino tiene una serie de peculiaridades propias en su historia, lo que pasaba en el país estaba a tono con la tendencia mundial marcada por la preeminencia única del neo-liberalismo expresado en aquellos momentos por: Margaret Thatcher en Inglaterra y Ronald Reagan en los Estados Unidos.

Los sectores medios no percibían o no querían percibir el comienzo de esa era declinante, suponían que “a ellos no les tocaba”. Como ejemplo paradigmático de esta situación se puede recordar la “triste” o “alegre”, según los ojos con que se mire, época de la “plata dulce”. Para una gran parte de la clase media que no había tenido la posibilidad de viajar y acceder a ciertos bienes materiales, esa fue su oportunidad. Era común ver en el aeropuerto de Ezeiza contingentes de personas que regresaban de Miami cargados de bienes superfluos. El despilfarro individual fue acompañado por los gobernantes de turno, a los que no les interesó pensar que ese dinero podía ser utilizado para que dichos sectores lo invirtieran, por ejemplo, en una mejor educación. De hecho, lo que sí acompañaron fue la idea de que dos teles estaba más cerca del ascenso social que la inversión en estudios.

Mientras tanto, otra parte de los sectores medios se enriquecía especulando en las mesas de dinero. Ya habían viajado antes, ya viajarían después, y ya tenían dos teles. Y el resto seguía con sus vidas, quizá satisfechos de poder alcanzar sus logros, pero sin instalarse en los extremos. Claro que las consecuencias de ese accionar ya se estaban sintiendo en otros sectores sociales y, muy pronto, iba a caer sobre los propios ¿beneficiados? por el dólar barato.

Pese a estas muestras de consumo por parte de una cantidad considerable pero ciertamente menor de las familias de la clase media, lo cierto es que en el plano económico y cultural se estaban sentando las bases estructurales de lo que fueron las crisis posteriores y la erosión de la propia clase media.

El derrumbe del régimen militar dejó a la economía argentina en medio de una crisis agravada por tres factores concurrentes: la erosión acelerada de los mecanismos de regulación pública (como resultado del desmontaje deliberado de algunos de los mismos y la incrementada capacidad de los actores privados para sabotearlos), la cuadruplicación de la deuda externa y un esquema de pagos de servicios de la deuda que comprometía las posibilidades del país, y la progresiva reorganización especulativa del sistema financiero (Cavarozzi, 2001).

Autor. Minujin - Anguita

Así, a fines de 1983, los militares dejan el Gobierno como consecuencia de una suma de situaciones, que van desde las heroicas luchas, como las de las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, hasta la debacle de las Malvinas y sus propios errores. Se fueron, pero muchas cosas quedaron.

El retorno de la democracia abrió las puertas a una etapa tal vez fundacional para la Argentina, si bien frente a la situación que se vivió posteriormente no estamos en posición, ni disposición, de verlo.

La recuperación de la ciudadanía marcó un fuerte cambio simbólico para el país, que fue ejemplo a nivel mundial. Los responsables del terrorismo de Estado fueron juzgados y condenados por las violaciones a los derechos humanos, y el sistema político en general pareció admitir que dichas violaciones están intrínsecamente relacionadas con el desarrollo de una política económica como la descripta.

La “primavera democrática”, como se la conoció entonces, inició un proceso de reflexión colectiva sobre las consecuencias de los golpes militares y sobre la complicidad de la sociedad en los mismos. Los hechos posteriores desdibujaron aquel período. Las leyes de Obediencia Debida y Punto Final pusieron límites al accionar de la justicia que, precisamente, estaba en la clave de la recuperación democrática. Y la economía argentina, al mismo tiempo, vivió en carne propia las limitaciones de su nueva inserción internacional y del proceso interno que la dictadura había iniciado. La hiperinflación de 1989 fue el último eslabón de ese proceso.

En los puntos siguientes, nos centraremos en las consecuencias sociales, en particular para la clase media, de aquel proceso iniciado a mediados de 1970 y prolongado hasta nuestros días.

Cayéndonos

Recién hacia fines de 1980 se comenzaron a ver signos de que los sectores medios estaban siendo afectados en forma creciente por las constantes crisis y los permanentes cambios económicos. No obstante, cuando se comenzó a estudiar este fenómeno inédito de caída masiva en la Argentina, se lo caracterizaba como un fenómeno transitorio.

Cuando en algunos estudios se comienza a mencionar el fenómeno de los “nuevos pobres”, hoy reconocido y aceptado, se generaron dudas y cuestionamientos respecto a su existencia misma (Minujin, 1989). Con esa denominación se trataba de sintetizar en un término claro el proceso de caída que llevaba a familias de sectores medios a tener ingresos por debajo de la “línea de pobreza”, noción que se utiliza para medir situaciones de carencia de ingreso, y que explicaremos más adelante. De allí nace el dudoso mérito de haber acuñado el término “nuevos pobres”. En aquellos tiempos se discutía si se trataba de nuevos pobres o de nueva pobreza. Se trataba de una nueva pobreza y también de nuevos pobres. El tiempo mostró que estábamos en los comienzos de una nueva conformación social que se integraría con nuevos pobres y nuevas expresiones de la pobreza (Minujin, 2001).

A comienzos de la década del noventa, el proceso de empobrecimiento de los sectores medios se hizo evidente, proceso que continuó más allá de los diversos avatares económicos; como la

hiperinflación y la convertibilidad, puesto que en lugar de ser una etapa transitoria era un cambio trascendente y permanente.

En esos años se profundiza el modelo neoliberal de concentración económica, de desmantelamiento del Estado y de ajuste estructural. Al mismo tiempo, se desactivaron los sistemas de control y regulación, y se generó un espacio proclive a los grandes negociados, con un sistema de corrupción en lo que alguien denominó “la carpa de Ali Babá” o “el robo para la corona” (Verbitsky, 1991).

Paralelamente, la estabilidad económica y de precios tranquilizó a la sociedad en su conjunto, particularmente a los sectores medios y de ingresos fijos. Mientras se podía pagar la cuota de la casa propia, los televisores baratos y en cuotas fijas, el auto nuevo, y el aumento del consumo de los bienes durables en general, no había problemas. Con la convertibilidad y el proceso de sobrevaluación del peso, parte de los integrantes de los sectores medios incrementaron su poder de compra y, a su modo, reeditaban el “deme dos” de la dictadura, mientras que otros ya sufrían los efectos del ajuste y el empobrecimiento. En ese entonces, la clase media volvía a tener dos posturas políticas bastante extremas. Estaban los que decían estamos bien, el país despegará, y los que ya avizoraban un futuro poco menos que desastroso.

El proceso de caída de ingresos en la Argentina también fue acompañado por una brutal redefinición de la prestación de servicios básicos a cargo del Estado y por el desarrollo de una ideología neoliberal dirigida a legitimar el abandono que el Estado realizaba del cumplimiento de algunas funciones que había asumido históricamente. De esta manera, las familias que se empobrecieron lo hicieron tanto en términos materiales como en términos sociales y hasta éticos, en la medida en que una ideología que intentaba ser hegemónica, fue introduciendo un estilo de pensamiento propio del darwinismo social de supervivencia de los más aptos mediante las vías del mercado (Feijoo, 2003).

El Estado perdió su capacidad redistributiva y reguladora, lo que sumado a la caída del ingreso real de amplias capas de la población produjo un proceso generalizado de movilidad social descendente.

Durante el último cuarto de siglo, los cambios en el sistema económico mundial se vincularon, para ponerlo en términos esquemáticos, al mayor poder del capital financiero y a la expansión de la capacidad de las empresas productoras de bienes y servicios para elegir en qué contextos políticos y jurídicos radicarían sus inversiones. Se produce así un crecimiento de una masa de dinero “golondrina” que se mueve con rapidez, de un sitio a otro, con fines especulativos y que perfora economías debilitadas.

En este sentido, predominó la propensión a instalarse en contextos “laxos”, es decir, aquéllos en los que existen, o se ofrecen, condiciones más favorables con relación a los niveles salariales y a las condiciones de contratación y explotación de la fuerza de trabajo; que incluyeron la facilidad para operar en negro, propiciando no sólo una apertura indiscriminada de mercado en los países en desarrollo, sino también estructuras legales que facilitarán la entrada y salida de capitales y la contratación y salida de trabajadores, la manipulación las instituciones, y, finalmente, la estructura impositiva. En línea con esa tendencia, en la Argentina se establecen una serie de leyes tales como la vinculada a las privatizaciones o la de reforma laboral.

El fuerte ingreso de capitales que se verificó entre 1991 y 1994 –derivado de la mayor confianza que generaba la estabilidad y la orientación de la política económica de las altas tasas de retorno, así como también de lo que sucedía en el mercado financiero internacional- facilitó el crecimiento de la demanda agregada. Ese flujo incrementó la liquidez doméstica y alejó los problemas que, casi sin dudas, provocarían el importante desequilibrio de la cuenta corriente externa.

La ley de Convertibilidad aprobada por el Congreso en el primer trimestre de 1991 constituyó no sólo una pieza clave para salir del proceso inflacionario, sino también para asegurar el ingreso de capitales. Dicha Ley estableció un tipo de cambio nominal fijo de un peso por dólar como una paridad que sólo puede ser modificada por otra ley del Congreso.

En el plano “psico-social”, que un peso sea igual a un dólar indujo, especialmente en parte de la clase media, a una idea que ya estaba en el imaginario histórico: la de ser iguales a los que expiden esos dólares, o sea a los Estados Unidos y por extensión a Europa y al primer mundo.

En forma simultánea con la convertibilidad se establece un profundo programa de desregulación que incluía la apertura (financiera y comercial, la privatización de numerosas empresas estatales y la concesión de la mayor parte de los servicios públicos a proveedores privados. Medidas que si bien produjeron un efecto de alivio inicial, con el transcurso del tiempo se pudo comprobar que confluyeron en un pobre y negativo rendimiento económico y en un simultáneo proceso de concentración del ingreso en unos pocos y empobrecimiento de unos muchos (Damil, y otros, 2002).

En el plano económico, la creciente sobrevaluación del peso en conjunción con la total desregulación del mercado y la apertura, sin programas de reconversión productiva, produjo un proceso de incremento de las importaciones “basura” y el derrumbe final de buena parte de las empresas medianas y pequeñas.

En efecto, en el país se puso en marcha una abrupta apertura, sin sistemas regulatorios y de control por parte del Estado, al proceso de adecuación productiva. Este no fue el caso de otros países de la región tales como Chile y Brasil que, en línea con el proceso de globalización, pusieron en marcha procesos de apertura en forma “controlada”. Sin duda tampoco es el caso de los países desarrollados que mantienen sus barreras de protección para ciertas actividades productivas, como las agropecuarias en la Comunidad Europea.

Es decir, si bien la apertura a los mercados externos constituye una de las recetas básicas y centrales del FMI, algunos países buscaron asegurar que al menos una parte considerable de los capitales que entraban se orientan a la producción y no a la especulación. En el caso de la Argentina, además de los efectos señalados con relación a la pequeña y mediana industria con su negativo impacto sobre el empleo, se produce una alta concentración en los sectores productivos y de servicios y una hipertrofia del sistema financiero.

En este marco, no sorprende el aumento que se produjo en la relación empleo-producto agregado del sector de bienes transables. Esto se origina, por un lado, en la efectiva desaparición de empresas o sectores de baja eficiencia. En este caso, el aumento de la productividad promedio esta acompañado de caídas en el empleo y destrucción del capital. Por otra parte, los que

sobreviven, en muchos casos pasando a ser parte de empresas transnacionales, aumentan su productividad, tanto a través de la reorganización de los procesos de trabajo con escasa inversión, como de la incorporación de tecnología de capital intensivo, lo cual también reduce el nivel de empleo o la elasticidad empleo-producto.

Para el conjunto de las actividades urbanas, el aumento de la productividad promedio de la economía fue muy significativo: entre 1991 y 1994 el PBI creció el 25%, pero el empleo sólo en alrededor del 3,5%, y únicamente en algunos sectores y para ciertos niveles de calificación. Es bueno recordar que, en contraste, durante los años ochenta, (ante a un estancamiento en el nivel de actividad, la ocupación se expandió en un 16% (Beccaria y López, 1996). El dilema y desafío para el futuro es cómo mejorar la productividad y aumentar el empleo en forma simultánea.

Los efectos de todo este proceso sobre el empleo fueron devastadores. Reflejo de ello es la tasa de desempleo que en mayo de 2002 llegó a ser del 21,5%. Más allá de los distintos puntos de vista que se puedan presentar en relación con el mercado de trabajo, resulta claro que existe un patrón común que caracteriza todo el período que va de 1975 hasta el presente: la desaceleración de la creación de empleo formal hasta transformarse en caída, la disminución de las remuneraciones reales, el aumento de la precariedad laboral, la apertura de la brecha salarial entre calificados y no calificados y entre distintas ramas de la economía y el incremento de la concentración del ingreso (Beccaria y López, op. cit.).

Hasta 1995 la tendencia a la elevación de la escolaridad de la población hace que los trabajadores con mayor educación ganen peso relativo en la estructura ocupacional. Inclusive, cuando entre 1992 y 1995 se reduce el empleo total se advierte una fuerte disminución en la ocupación de aquéllos con niveles más bajos (trabajadores asalariados, no calificados o con baja calificación), con secundario incompleto o menos. Sólo a partir de ese momento, aquéllos con secundario completo y los universitarios han visto primero estancada su demanda y finalmente brutalmente reducida (Beccaria y López, 1996b).

En un escenario cada vez más globalizado y de apertura se van conformando distintos niveles de inclusión económica y social, de acuerdo con el grado de integración que las actividades que se realizan tengan en el modelo de economía abierta que se fue consolidando en el país. Dentro de la población ocupada, es posible identificar tres grupos de acuerdo a su inserción en el mercado de trabajo. El primero está conformado por la población "incluida", una creciente minoría que se caracteriza por estar vinculada a empresas altamente dinámicas y productivas, intensivas en tecnología y cuya producción se destina total o parcialmente al mercado externo.

El segundo grupo se ubica en la "zona de vulnerabilidad", en la cual operan empresas de productividad media, orientadas principalmente al mercado interno. Se denomina zona de "vulnerabilidad" porque las crisis económicas hacen que vivan una situación de muy poca estabilidad y con tendencia a caer en la zona de exclusión.

En tanto, el tercer grupo lo conforman los "excluidos", y comprende un gran porcentaje de la población trabajadora. En su mayoría son empleados no calificados vinculados a empresas "tradicionales" escasas en capital y de baja productividad, orientadas al mercado interno. También

en este sector se encuentran los “cuenta-propia” o trabajadores independientes no calificados (Bustelo y Minujin. 1998).



Fuente: Bustelo y Minujin, 1998

Gráfico 1. Diagrama de inclusión y exclusión social

La vulnerabilidad social debe entenderse como una situación provocada por dos factores que suelen combinarse. Uno que podría denominarse “externo”, y que abarca desde estar expuesto a shock; económicos como el “corralito” o quedar desempleado hasta el crimen y la violencia; y otro “interno” que incluye desde la falta de ahorros para enfrentar los factores “externos” hasta el rompimiento de lazos sociales y familiares. Así entendida, la vulnerabilidad social de la mayor parte de los argentinos ha aumentado significativamente (Kambur y Squire, 1991).

¡Nos Hundimos!

A mediados de 1990 es, entonces, cuando comienzan a destaparse con crueldad las consecuencias del modelo impuesto en el país. Sobre todo, pueden verse los efectos negativos del mismo sobre el ingreso y su distribución. La escasa creación —incluso destrucción— neta de puestos de trabajo, y el consecuente mayor subempleo, restringen el poder negociador de los sindicatos, debilitamiento agudizado por las alteraciones introducidas en el marco regulatorio del mercado de trabajo.

A fines de 2001 el acoso quitaría la respiración a casi todos, pero principalmente a los sectores medios, confiscando sus ahorros. La indignación ganó la calle: “cacerolazos”, manifestaciones de ahorristas que resultan estafados, etc. Allí estaban, desde antes, los llamados “piqueteros”, los más pobres, los trabajadores de fábricas o comercios que cerraron, los que habían perdido derechos adquiridos como la indemnización por despido, los “sin techo”, los habitantes de las villas miseria. El amplio y generalizado malestar social se reflejaba en expresiones como “que se vayan todos”, que parecía ser una expresión negativa que no mostraba, por entonces, ninguna salida.

Autor. Minujin - Anguita

A mediados de los años noventa Minujin y Kessler (1995) se preguntaban: “¿Qué pasó en las últimas décadas con gran parte de nuestra clase media? La primera respuesta que surge es: prácticamente ha desaparecido o está en vías de extinción”. Y añadían:

La sociedad argentina ha perdido mucho, muchísimo, mucho más de lo que en una primera imagen pueda parecer. Si nos tomamos el trabajo de chequear punto por punto, bien por bien, gusto por gusto, podremos ver algunos aspectos que –a la fuerza– se han modificado, contraído, suprimido y posteriormente olvidado. Empobrecimiento individual o familiar, empobrecimiento como ciudadano y como trabajador, son las facetas de una caída colectiva comenzada hace más de una década y que hoy continúa.

Hoy, si bien el proceso de empobrecimiento se ha generalizado, habría que repensar la idea de “nuevos pobres” y volver a reflexionar sobre una sociedad argentina que, en buena medida, ha incorporado los rasgos de esa otrora impensable movilidad masiva descendente.

Los sectores medios golpeados han debido recurrir —saltando barreras culturales históricas— a cualquier forma de asistencia social oficial. El diario La Nación (10 de abril, 2002) publica un ejemplo gráfico y elocuente:

El intendente de Florencio Varela, Julio Pereyra, se mostró asombrado por la “llamativa y constante consulta de personas de clase media a las que les han cortado el teléfono o que ya no pueden pagar alquileres, pero que aún tienen televisión y se informan sobre los planes sociales” que, es bueno recordar, implican acceder a un ingreso mensual de 150 o 200 pesos. “Esa gente nunca antes había venido a pedir ayuda social al Estado”, ratificó el director de Planificación y Desarrollo Laboral de la comuna, José Nava.

La nota periodística puntualiza que en la bolsa de trabajo de Florencio Varela se inscribieron 45 profesionales con título universitario, 197 aspirantes con estudios universitarios incompletos, 100 postulantes con estudios terciarios completos y otras 200 personas que tenían estudios terciarios incompletos.

El listado de posibles beneficiarios en ese y otros distritos del país incluye abogados, arquitectos, psicólogos, técnicos en comercio internacional o analistas en computación. No importa la profesión ni cuánto estudiaron: también buscan inscribirse en los planes de empleo para desocupados que puso en marcha el Gobierno.

Entre los aspirantes a acceder al magro beneficio de un subsidio está Guillermo Dagnino, egresado de la UADE como técnico comercial y merecedor de dos distinciones internacionales, en Barcelona (España) y Düsseldorf (Alemania). Este profesional, que además habla tres idiomas, se inscribió en el plan luego de haber quedado fuera de la actividad privada.

“Cuando me postulé me sentí desubicado. Luego, una mujer que trabajaba en la municipalidad me tranquilizó: ya se habían anotado 35 médicos”, comentó, con una mezcla de bronca y estupor.

Tal vez sea temprano para saber cuál será la identidad que los integrantes de la fragmentada clase media tomará en el futuro. Sin embargo, sabemos que la ubicación de cada uno dentro de la estructura social no tendrá la claridad en cuanto a identidades sociales que tenía tiempo atrás, en donde estaban los ricos, la clase media y los pobres.

La idea de estar en un país al borde del naufragio, donde nada funciona, aparece en 2002 no tan sólo en las palabras del entonces presidente de la Nación, Eduardo Duhalde. Los millones de desocupados y sus familias, así como los que sufrieron reveses y penurias económicas sintieron que se hundían, que nos hundíamos, cada uno y en conjunto. ¿A caso sólo hay desesperanza? ¿Nos hundimos indefectiblemente? ¿O podrán emerger las tal vez incipientes alternativas de cambio?

Una vela en la tormenta

¿Cómo podemos ver a la Argentina hoy? Como un país que ha pasado una larga tempestad, que ha estado desesperanzada, camino al casi seguro naufragio, pero allí, en medio de tanta oscuridad y desasosiego, hay hacia dónde mirar, hay fuerza para seguir y para crear una vela en la tormenta.

En este esfuerzo colectivo para encontrar una salida común es donde resulta clave el tipo de sociedad que conformaremos. ¿Seguirá prevaleciendo la tendencia a la disgregación, a una sociedad con importantes grupos excluidos, una sociedad cada vez más dual? ¿O existe la posibilidad de un proyecto integrador, incluyente y con mayores niveles de equidad? En esto, ¿cuál será el papel de la venida a menos clase media?, ¿sobrevivirá al desastre, al naufragio?, ¿aprenderá, aprenderemos, a no “mirar para otro lado” y a tomar un papel activo en un cambio que busque potenciar las posibilidades que tenemos el país en su totalidad?, ¿seguiremos tratando de colarnos en el primer mundo, tratando de resolver una mal planteada dicotomía entre la cabeza de ratón o la cola de león, o podremos tratar de buscar un papal propio, asociado a los países de la región, y desde allí encontrar un espacio posible en el mundo globalizado?

Como hemos mostrado hasta ahora, la idea de una clase media que está en permanente ascenso económico y social ha quedado atrás. Al mismo tiempo grandes capas de las clases medias mudaron su condición convirtiéndose en nuevos pobres. Sin embargo, a pesar de todo ha sobrevivido. Es otra, tal vez idéntica a sí misma en muchos aspectos pero sin duda distinta. ¿Cómo se asimila el dolor producido por la caída y la inseguridad? ¿Cómo se incorpora lo que ha pasado?

Aún así, esta clase media más pobre y más heterogénea, va a ser parte importante de cualquier proceso de recuperación en la Argentina. Lo es en otras partes del mundo que también pasaron por crisis, sin duda no tan severas como la de la Argentina. Por ejemplo, y siempre es bueno mirar otras experiencias, en la segunda mitad de los años noventa, los países del sudeste asiático sufrieron una seria crisis financiera y económica de la cual están recuperándose. Veamos lo que nos dice, de cómo están saliendo de ella, el jefe del Internacional Herald Tribune, Patrick Smith:

El Sudeste asiático está saliendo de sus años perdidos, como algunos de nosotros vemos la última parte de los noventa, más rápido y de manera más determinada de lo que cualquiera hubiera imaginado sólo un año atrás. No es tan sólo que se espera que el producto crezca en un 7%. Más

que esto, es el deseo en la región de descubrir una nueva dirección, un nuevo ethos político y social. Esto se ve no sólo en los grupos altos, sino en la clase media (Smith, 2002).

Esa clase media será la base para la transformación centrada en la expansión y “cuidado” del mercado interno, el desarrollo de la pequeña y mediana empresa, y la potenciación de las capacidades propias y los aspectos para los cuales están más calificados. No sólo por aquellas regiones vuelven a mirar a la clase media, en diversos países se vuelve a mirar a la clase media como parte de la recuperación económica y hasta se publican estudios sobre cómo potenciarla (Russell Mead y Schweninger, 2000).

Es también posible que en la Argentina, y en la región, estemos en las puertas de una “gran transformación”, de un cambio significativo en el país. Transformación que requerirá de todos. Resulta entonces necesario pensar en los paradigmas para entender el futuro. Para esto es necesario, por un lado, tratar de pensar el lugar que tendrán los sectores medios en el modelo de país que sobrevenga a la crisis; y, por el otro, cuál será la conciencia que los actores sociales, en particular la clase media, tendrán sobre su función en la conformación de una Nación. En ese sentido, cabe preguntarse qué formas de representación tendrán, qué hábitos definirán a las clases medias, qué identificaciones tendrán con otros actores sociales.

Cada Vez Más Pobres. Dimensión De La Caída O Desde Dónde Nos Toca Remontar

¿Será que la posibilidad de construir un país que tenga el rostro y la dimensión de los sueños de aquellos argentinos de fines del siglo XIX y comienzos del XX no puede adecuarse y ser parte de los sueños de futuro de los argentinos de comienzos del siglo XXI? ¿Nos hemos perdido el intangible tren de la globalización y estamos condenados a empobrecernos en forma permanente?

“De chiquilín te miraba de afuera” decía Dicepolín, pero en aquel entonces ese afuera estaba referido a una etapa de la vida. Ya llegaría el momento de estar adentro. La experiencia de estos últimos veinte años muestra que por el camino que hemos seguido nunca se estará adentro. Y muestra algo todavía más grave: que cuanto más joven sea menos posibilidades tendrá de estarlo, al menos trabajando.

Es de ese país del que tratamos de salir y que esperamos hacerlo. Pero recordemos que estamos ante un país contradictorio, jugado en la individual, donde unos pocos acceden, tocan y gozan, otros hacen breves incursiones y los más ven desde afuera.

Un país donde tener teléfono ya dejó de ser un problema (como lo era cuando había que esperar años pagando el recordado e inefable Plan Megatel para conseguir una línea telefónica que nunca llegaba). Ahora el problema es mantenerlo. Según datos proporcionados por el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC), se puede señalar que la tenencia y consumo de telefonía celular bajó en abril de 2002 un 9,5% respecto del mismo mes del año pasado, mientras que en mayo los números marcaron un descenso del 6,1 respecto de idéntico mes de 2001.

Autor. Minujin - Anguita

También se debe tener en cuenta la disminución en las llamadas urbanas. Al respecto, el INDEC muestra que bajaron en abril pasado un 14,2% con relación al mismo mes de 2001, en tanto que las cifras de mayo indicaron que el consumo en este tipo de servicios cayó un 18,6%, siempre en comparación con el año anterior.

Siguiendo con las cifras, pero tomando en cuenta el consumo telefónico interurbano que se registró en abril y mayo respecto de los mismos meses del año 2001, es necesario decir que también bajaron. Los números son elocuentes: 12,8 y 14,8%, respectivamente.

Aunque no hay datos precisos, se puede aseverar que —mientras bajó el consumo hogareño y de celulares— se incrementó el uso de llamadas en locutorios, teléfonos públicos y tarjeta prepaga para el uso de los aparatos móviles, que permiten un mayor y más eficiente control del gasto.

Un país donde, por fin, tenemos una carretera con varias vías para llegar hasta Mar del Plata, o cualquier otro lugar de la costa atlántica bonaerense, pero en el que hay que tener muchos pesos para pagar los peajes.

La experiencia de transitar esa autopista, en tiempos de vacaciones o fin de semana largo con mirada atenta, permite tener una clara, aunque parcial, percepción del país y la sociedad que tratamos de reflejar en este trabajo. Es una suerte de “mirador antropológico” de la situación social argentina.

La ruta resplandece, modernos “servitodo” permiten desde cargar agua caliente para el mate en aparatos inventados a tal efecto, recrearse adultos y niños en juegos mecánicos, hasta atender las necesidades de los vehículos. Teniendo en cuenta que buena parte de los ricos no transitan por ella sino que se movilizan a Punta del Este, igualmente pueden observarse algunos vehículos importados último modelo y una considerable cantidad de coches relativamente nuevos. Una importante porción pertenece a sectores medios acomodados o que se las arreglan para ir manteniéndose. Pero también se ven coches, generalmente bastante cargados de adultos y niños, con señales del paso del tiempo, la típica familia media saliendo de vacaciones.

Los que brillan por su ausencia son esos vehículos en decadencia que son absolutamente comunes en amplias áreas suburbanas. Tampoco vemos a todos los que no transitan porque no pueden tomar vacaciones y menos aún irse a la playa. Que tal como lo muestran las estadísticas son cada vez más. También muestran que no sólo los “vacacionantes” son menos, sino que el número de días de descanso se ha acortado. Según un estudio, el 76% de los argentinos ha disminuido la frecuencia con la que realiza actividades de esparcimiento, y un 71% dejó de irse de vacaciones o disminuyó los días (Romer, 2001).

Al respecto, el INDEC recuerda que los vehículos pasantes por los peajes en todo el país se redujeron un 8,3%, si se comparan los datos de junio de 2002 y el mismo mes del año anterior. Y, específicamente, la mayor reducción se produjo entre autos, micros de larga distancia y camiones livianos, con un 10,7%.

Los ejemplos de disparidades e iniquidades se multiplican cuando observamos los distintos aspectos de la vida ciudadana. El acceso a la salud, a la educación o al consumo, brindan la

Autor. Minujin - Anguita

oportunidad de dar ejemplos de esta contradicción entre lo disponible y lo posible. El nuevo siglo nos pone frente a una sociedad que ha cambiado en forma drástica, que es cuantitativa y cualitativamente distinta a la que conformó la Argentina de buena parte del siglo pasado.

Una clase media que ve, y que ha palpado el lujo del tan mentado “primer mundo”, y que hoy en día a algunos sólo los roza por instantes, y al resto no sólo no toca en absoluto sino que lo ven alejarse cada día más, como por ejemplo el precio de los pasajes de avión a ese mundo.

No estamos, todavía, ante un país dual, en el que unos pocos ricos disfrutan encerrados y ocultos de fantásticas riquezas y una enorme masa excluida de paupérrimos lamen sus miserias. El panorama es mucho más complejo dada la conformación social histórica de la Argentina.

Los paupérrimos, los excluidos existen, están, los vemos todos los días. Los habitantes de las ciudades de la Argentina, especialmente en Buenos Aires, nos hemos acostumbrado a ver cómo al caer la tarde una suerte de ejército de “menesterosos” salen a revisar y juntar la basura. En realidad muchos de tales “menesterosos” son gente que era asalariada y quedó fuera del mercado o cuentapropistas a los que se les terminaron las changas. Se las han rebuscado para salir, muchas veces con parte de su familia, a recoger basura. He aquí que estos que vemos con los carritos tirados por escualidos caballos, o sin ellos, mirando las bolsas de basura y sacando cajas, latas y todo lo revendible, eran, hasta hace poco, asalariados o trabajadores pertenecientes a los que podía considerarse clase media “baja”.

Los fríos números muestran que sólo en la Ciudad de Buenos Aires, viejo paradigma del crecimiento y ascenso social, miles de personas por día revuelven basura y juntan cartones. Desde el Gobierno porteño confirman que hay al menos veinte mil personas que trabajan en esa actividad, lo cual les permite llevar “un plato de comida” a sus respectivas familias, mientras proponen un proyecto para crear cooperativas que ayuden para que los cartoneros se agrupen, puedan trabajar en condiciones de salubridad y sin depender de “mafias”.

Para la comuna que encabeza en este momento Aníbal Ibarra, el retiro de residuos y desechos “no es un delito”, en tanto que un amplio relevamiento efectuado en la ciudad demuestra que la gran mayoría de la población no se opone a la actividad de los cartoneros.

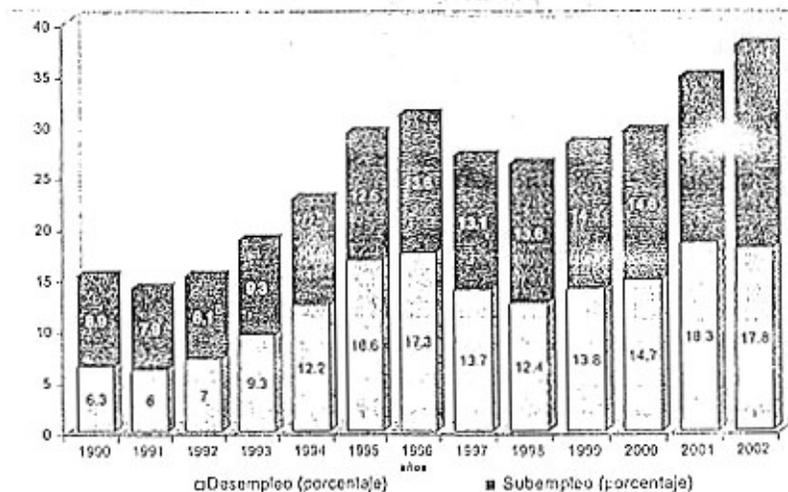
No faltaron voces que se airaron frente al “horrible” cuadro que tienen que ver cotidianamente. Distintos sectores políticos y sociales se entrelazaron en una polémica que no toca el combate de fondo: los “cartoneros” constituyen una expresión más de la crisis del país. Lo malo es que se ven demasiado, como los chicos y chicas pidiendo en la calle.

Pero además de los empobrecidos y los pobres también están el rico reciente y no tanto que solían mostrar con desparpajo y orgullo sus derroches y sus enriquecimientos.

Sin embargo, la gran mayoría de los argentinos se mueven en una amplia zona que para muchos linda con la pobreza o está dentro de ella. El colchón entre los muy ricos y los muy pobres dado por la clase media existe, aun cuando se presente fraccionada y, además varios escalones más abajo de lo que estaba tiempo atrás.

Las dos partes finales de este capítulo están orientadas a mostrar con datos cuantitativos elementos que confirman estas palabras. El objetivo es dar sustento estadístico a lo que se percibe en el día a día; dimensionar y caracterizar el proceso de cambio que ha llevado a un empobrecimiento constante, con pérdida de derechos básicos (salud, educación, vivienda, etc.), donde el trabajo formal ha dejado de ser la norma, y en el que cada vez trabajan por menos más miembros de la familia, (aunque la desocupación haya sido cada vez mayor); y que ha llevado a modificar casi compulsivamente las pautas de relación, tanto individuales como familiares y sociales.

Una sociedad donde la desocupación alcanzó al 21,5% en mayo de 2002, cifra record que representa tres millones de personas en todo el país, para ubicarse en 17,8 en octubre del mismo año. Si a esto se le agrega los que trabajan en forma inestable, haciendo pequeñas changas, pocas horas y con misérrimos salarios, es decir los “subempleados”, que constituyen un 19,9% de la población activa, llegamos a la impactante cifra de casi cinco millones, casi cuatro de cada diez argentinos activos con serias dificultades de inserción en el mercado laboral.



Fuente: Ministerio de Trabajo, Boletín de Estadísticas Laborales, 2003. En www.trabajo.gov.ar

Gráfico 2. Evolución del desempleo y subempleo 1990-2002

Una lectura detallada de esta población con serios problemas laborales permite ver también quiénes caigan con los mayores costos, y cómo estos se han ido redistribuyendo a lo largo de 1990. Dividir a la población de acuerdo al nivel educativo alcanzado, por ejemplo, suele proveer un buen indicador de cómo evolucionan los distintos sectores sociales: a mayor nivel educativo alcanzado, más sólido y arriba se está dentro de la estructura social. Así, la población con estudios superiores o universitarios completos suele ser un buen reflejo de los sectores medios, mientras que el otro extremo, constituido por aquellos con educación primaria incompleta, es un reflejo de los sectores de menores ingresos.

Un análisis de cómo la desocupación impactó en la población de acuerdo a su nivel educativo ilustra dos cuestiones centrales: una es que el desempleo afectó a absolutamente todos los estratos; la otra es que la clase media es la que sufrió un incremento más grande y abrupto en la cantidad de desocupados.



Gráfico 3. Desempleo según nivel educativo 1990-2002

La comparación entre lo que ocurría en 1990 y en 2002 refleja que, entre aquéllos con educación primaria incompleta, el desempleo subió un 127%, cifra nada despreciable y suficiente como para designar a los años noventa como la década perdida. Pero el otro rasgo característico de este periodo es algo inédito en la Argentina: que el desempleo empeora a medida que se asciende en la escala social. Así el desempleo entre quienes tienen primario completo aumentó en un 192%, entre aquellos con secundario incompleto un 175%, entre los que terminaron la secundaria la desocupación subió un 215% y, finalmente entre los universitarios, el desempleo creció un 270%.

En otras palabras, el desempleo entre aquellos “mejor posicionados” y con un título universitario bajo el brazo creció más del doble que entre aquellos históricamente postergados.

El incremento masivo del desempleo y la nueva sociedad que tiende a configurar no son promisorios. Pero también es cierto que estamos frente a una sociedad que no ha perdido su creatividad, que da muestras permanentes de energía, que busca incansablemente caminos nuevos y que puede recrear la esperanza y el optimismo.

La Pobreza

Tal vez cueste creerlo en momentos en que todos los diarios anuncian que cerca de la mitad de los argentinos son pobres y están en esa condición casi el 70% de los que habitan en el nordeste del país, pero, hasta hace algo más de veinte años la pobreza no fue un tema de debate en la Argentina. Menos aún el del hambre en el país de la carne y los granos. Tanto es así que hasta comienzos de 1980 prácticamente no hubo intentos de cuantificar y analizar la pobreza.

Peor es aún el caso de la alimentación, tema sobre el cual Argentina se encuentra entre los pocos países que no cuenta con datos cuantitativos de la situación nutricional de su población. ¿Para qué hacer una encuesta de nutrición cuando aquí todos comen?, se decía también para no ver lo

que estaba pasando. Las imágenes televisivas que muestran una nena que llora al relatar que prácticamente no comió el día anterior contrastan la visión histórica y nos enfrenta con la realidad actual. Realidad que terminó de explotarnos en las manos con las muertes por desnutrición en varias provincias del país. Algo escandaloso y vergonzante para un país como la Argentina productor y exportador de alimentos. Nada de esto es nuevo, no ha sido un desastre natural, un terremoto, una sequía, que la provocaron repentinamente.

Gino Germani (1963) quien a comienzos de los años sesenta incorpora a los pobres como parte de la estructura social argentina, señala que se trata de población que está geográficamente localizada en las llamadas “villas miserias” numéricamente no significativas.

Años más tarde, a comienzos de 1970, un trabajo de la CEPAL, coordinado por Oscar Altimir, mostraba a la Argentina como uno de los países con menor porcentaje de pobreza en la región, con una estimación cercana al 7% de la población total (CEPAL, 1974).

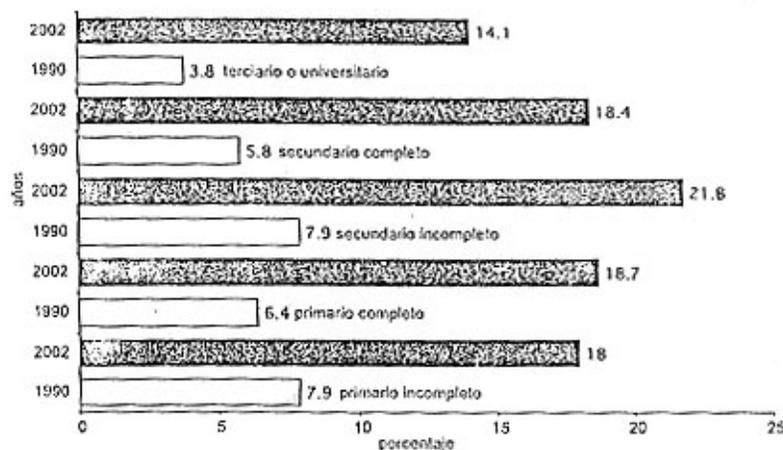
Los datos existentes para el gran Buenos Aires confirman estas estimaciones.

En 1974 el porcentaje de población pobre, es decir aquella que tiene ingresos por debajo de la denominada “línea de pobreza” era del 8%. Las cifras señalan que estaban en esas condiciones unas 80 mil personas en el Gran Buenos Aire; y si lo extrapolamos al país, nos estaríamos acercando a los 280 mil habitantes. Cifras que, obviamente, no suenan insignificantes pero que están muy lejos de la realidad actual, en la que los que están debajo de la línea de pobreza ya se cuentan por millones.

Por entonces, los indigentes, es decir aquéllos cuyos ingresos no alcanzan a cubrir la canasta básica de alimentos, eran una “rareza” estadística.

El gráfico que se presenta a continuación muestra con tremenda crudeza lo sucedido en el país.

GRÁFICO 3. Desempleo según nivel educativo 1990-2002



Fuente: Ministerio de Trabajo, Boletín de Estadísticas Laborales, 2003, En www.trabajo.gov.ar

Gráfico 4. Evolución de la población por debajo de la línea de pobreza y de indigencia 1974-2002. Gran Buenos Aires, años seleccionados – onda octubre.

Autor. Minujin - Anguita

Miremos con atención este gráfico que es revelador del proceso vivido. Los efectos redistributivos de las políticas de los años 1974-1975, que implicaron que la población pobre se estableciera en torno del 8%, parecen haberse mantenido hasta comienzos de los años ochenta, a pesar del llamado “Rodrigazo” de finales de 1975 y de la política económica que se puso en marcha con el gobierno militar. Sin embargo, resulta claro que ese es el momento en que se sientan las bases de una tendencia con notable aceleración a partir de fines de los años noventa.

Entre 1980 y 1990, el porcentaje de población pobre se duplica y más, pasando del 8,3% al 21,5% y más; que se cuadruplica entre 1980 y 2001 donde alcanza el porcentaje de 35,4%, ampliamente superado en 2002 cuando alcanza la cifra récord de 49,7% en el Gran Buenos Aires y el 53% en el país. Los datos más recientes correspondientes a mayo de 2003 mostrarían una disminución del nivel de pobreza total, posiblemente entre los más pobres, como resultado de planes sociales mejor orientados e incrementados y de una incipiente reactivación económica.

Resulta impactante y estremecedor observar cómo el proceso de empobrecimiento se acelera en los últimos años. En un año se “generaron” más de 6 millones de pobres, a razón de 16.865 por día, 702 por hora o 12 por minuto (La Nación, 21 de agosto, 2002). De acuerdo al cálculo que hace el INDEC, para mayo de 2002, un hogar conformado por dos adultos y un niño era pobre si su ingreso era menor a los 472 pesos e indigente si su ingreso era inferior a 235 pesos. Unos 135 dólares para pobreza y 66 dólares al cambio oficial de ese momento. La línea de pobreza estimada por el INDEC se encuentra ahora muy cercana a lo que el Banco Mundial utiliza como una supuesta medida de pobreza: un dólar por día por persona.

Los indigentes pasan a ser una cantidad más que significativa y lo que es aún más duro es que cada vez representan un porcentaje mayor dentro de los pobres. La indigencia se duplicó en apenas un año. Si en 1999 uno de cada cuatro pobres no tenía ingresos para cubrir la canasta de alimentos, actualmente se encuentran en esa situación casi uno de cada dos pobres. Es decir, no sólo aumentó la cantidad de población en situación de pobreza, sino que también aumentó la intensidad de la pobreza.

Los pobres están cada vez más pobres y más lejos de la línea de pobreza. Las cifras del INDEC indican que para mayo de 2002 casi 9 millones de personas no contaban con el ingreso suficiente para comprar los alimentos capaces “de satisfacer un umbral mínimo de necesidades energéticas y proteicas”.

Cómo Medir La Pobreza

Hace algo más de un siglo, el señor Charles Booth, un armador naviero inglés, además de construir embarcaciones, estaba empeñado con otros en medir y estudiar el fenómeno de la pobreza que se había extendido en Inglaterra, particularmente en Londres, al fragor de la revolución industrial (Booth, 1993). Para esta medición resultaba necesario tener una definición de la pobreza. Definición tal que hacía posible de ser medida y así poder cuantificarla.

Hasta esos momentos, la noción de pobreza era difusa y no estadística. El señor Booth recurrió a sus conocimientos de naviero y recordó la línea de flotación de los barcos. Se trata de una línea

que se marca en el casco de los barcos. Si el agua pasa esa línea el barco se hunde. Esta le pareció una metáfora o imagen perfecta para ser aplicada al caso de los pobres. Así nació la “línea de pobreza” y la de indigencia. La de pobreza, es aquella por debajo de la cual una persona se “ahoga” en la vida social. La de indigencia es aquella por debajo de la cual una persona no llega ni a cubrir su alimento básico.

¿Como medir esto para el caso de los que cobraban los míseros salarios en la Londres de fines del siglo XIX? Por una parte, calculó la cantidad de plata mínima para alimentarse y cubrir mínimamente las necesidades. Esto le proporcionó medidas monetarias; con la primera definió la línea de indigencia y con la suma de la primera y la última calculó la de pobreza. Por otra parte, realizó una encuesta en la que preguntaba el ingreso a las asalariadas londinenses. Finalmente comparó esos ingresos con las líneas que había definido. Los que tenían ingresos por debajo estaban “hundidos”, “ahogados”. Esto brindó, tal vez la primera estimación de pobreza utilizando un método similar al que se utiliza en la actualidad.

No está de más mencionar que el Sr. Charles Booth era un empresario con un compromiso social dentro y fuera de la empresa. Este compromiso abarcaba su ética personal. Así Booth calculó que le hacía falta para vivir –tanto a él como a su familia– 1.000 libras por mes en tanto que ganaba 2.000. Analizó que gastaba en alimentación 150 libras pero como creía que los trabajadores estaban mal pagos por lo menos en un 50%, consideró que tenía que “devolver” de algún modo 75 libras. Igualmente, examinando otros rubros de su consumo familiar encontró un “excedente de explotación” equivalente a 500 libras que entregaba a los que necesitaban, simplemente “para que la humanidad volviese a ser lo que tenía que ser”. El estudio que realizó sobre la pobreza y del cual él mismo escribió ocho volúmenes, demoró diecisiete años pero no por ello abandonó sus actividades empresariales (Bustelo, 2003).

Usando esta imagen, podemos decir que en la Argentina, para fines de 2001 algo más de ocho millones de personas estaban con el agua por encima de la cabeza, haciendo esfuerzos denodados por no ahogarse. Cifra que se incrementó en más del 30% para el año siguiente. Esto no fue siempre así sino que en los últimos quince años pasó de ser un problema relevante pero marginal a estar en el centro del proceso social argentino.

Detengámonos a pensar lo que significan los números que acabamos de ver. Analicemos por separado las tres características del proceso de empobrecimiento que se muestran en el Gráfico 4. Las mismas son:

- la dimensión o magnitud o profundidad del empobrecimiento;
- su persistencia en el tiempo; y
- la velocidad o aceleración que ha tomado este proceso en los últimos años.

Estas tres características que veremos por separado confluyen en forma dinámica produciendo la vertiginosa sensación de inestabilidad y cambio. Es también la suma de estos aspectos lo que nos permite sostener que estamos ante un cambio social de gran magnitud que será necesariamente la marca del país que viene.

- Magnitud de la pobreza

Ante todo, pensemos en la magnitud, la dimensión, la profundidad que ha alcanzado el fenómeno de la pobreza. ¿Qué significa el hecho de que cuatro de cada diez argentinos no tienen el ingreso suficiente para cubrir una canasta mínima de bienes y servicios? ¿Qué posibilidades de expansión tiene el mercado interno con un porcentaje tan alto de la población en el nivel de subsistencia?

La necesidad de cuidar los pocos pesos que reciben los asalariados reaviva la creatividad y el ingenio en la población que, inevitablemente, debe modificar sus hábitos de consumo. Con el objetivo de hacer rendir más el escaso presupuesto se ponen en funcionamiento las opciones más variadas que pueden ir desde cocinar mucho en casa, más de lo usual, hasta sacrificar la compra de uso individual para satisfacer las demandas familiares.

Un sondeo efectuado por otra consultora privada (IBOPE) indica que “el 60% de los consumidores reconocen –como uno de los cambios en su vida cotidiana- haber incrementado la elaboración de productos hogareños”. Los datos de otra empresa (IPSOS) coinciden con el diagnóstico: “En el primer cuatrimestre de 2002 se nota una fuerte caída en el consumo de productos elaborados o semielaborados”.

Para citar algunos ejemplos se puede señalar que mientras la venta de tomates perita o purés enlatados se mantiene constante, bajó significativamente el consumo de salsas listas, tipo pomarola. Muchas heladeras tienen un frasco o pote de mayonesa (aunque fuera de segundas o terceras marcas) pero pocas se pueden dar el “lujo” de tener aderezos más sofisticados como el ketchup o la salsa golf. Asimismo, disminuyó en forma notable el uso de aceites comestibles de oliva, se redujo un poco el tipo “mezcla” y se incrementó la compra de aceite “suelto”. Además, las sopas, los guisos, y los fideos reemplazaron lentamente a las carnes y el pollo dependiendo de los precios relativos de cada uno de los productos.

Los sectores medios cambiaron sus hábitos de compra: menos shopping y más outlet. Estas grandes superficies de “venta directa de fábrica” parecen haber encontrado un buen nicho a partir de la inflación y la enorme pérdida del poder adquisitivo de los consumidores. Por el primer gran outlet que se organizó en la ciudad, en marzo de 2002, en el viejo y renovado predio rural de Palermo, pasaron 400 mil personas en dos meses, y el promedio de compra de cada uno de ellos fue de siete pesos.

Si por un momento, nos detuviéramos a pensar y comparar la actual situación con la crisis del treinta, veríamos con sorpresa que en aquellos años la desocupación en el país apenas alcanzaba el 7%. Claro que la economía era diferente, no había una estructura industrial de mediano peso pero, de todas formas, la sensación de desazón y angustia no golpeaba tanto como ahora.

En definitiva lo que debemos retener es la enorme proporción que ha alcanzado la pobreza en la Argentina y la trascendencia que eso tiene en términos sociales.

- Proceso de largo plazo

El aspecto a tener en cuenta, además de la profundidad o dimensión del fenómeno, es la permanencia o persistencia del proceso de empobrecimiento. Ciertamente, no es un proceso nuevo.

Como lo hemos mostrado, llevamos, por lo menos, dos décadas de empobrecernos y sus raíces estructurales se remontan más atrás. Esto significa que para muchos el ir para abajo no es una novedad y se han ido adaptando. Pero muchos otros han seguido esta misma ruta en los años recientes.

También significa que no se trata de un momento histórico, de una mala coyuntura que una vez pasada la mala racha las cosas retornan aproximadamente a su lugar. De ninguna manera es así. Estamos frente a un cambio significativo y de larga duración en la situación social del país.

Este es el concepto de cambio que deseamos subrayar. Podríamos decir que estamos en peor situación que tres décadas atrás, pero lo más importante que debemos ver es que estamos en una situación distinta.

- Aceleración del proceso

Finalmente, como un tercer aspecto, cabe reflexionar sobre la aceleración que ha tenido el proceso en los últimos tiempos. Tal como lo hemos vivido, la pobreza se incrementó en algo más del 50% en sólo tres años, de 1999 a 2001; y otro tanto en sólo un año de mayo de 2001 a mayo de 2002. Ante esto cabe hacerse una pregunta ¿Cuál es el impacto de esta aceleración sobre la población?

Es evidente que en paralelo con el aumento exponencial de la pobreza se dio un acelerado aumento de la tensión social y política, y lo sucedido a fines de 2001 mostró que esta situación puede llevar a acciones colectivas para las cuales la respuesta hasta el momento ha sido la represión.

Lo que resulta evidente y está en la crónica diaria y en la experiencia próxima de muchos, es el aumento de la delincuencia, con o sin violencia. Desde los secuestros “express” hasta el robo callejero. Un país en el que aquella fórmula de la que se vanagloriaba: “a cualquier hora puedes caminar tranquilo por cualquier lugar” se ha invertido a pasos tan acelerados como el aumento de la pobreza. Esto no implica hacer un paralelismo fácil y erróneo entre pobreza y delincuencia, pues se trata de un problema mucho más complejo en cual están envueltas poderosas mafias.

El vertiginoso incremento de la pobreza nos conecta con otra pregunta que nos formulamos. ¿Puede seguir este ritmo de empobrecimiento? Por más que resulte duro decirlo, la respuesta es: sí, puede. Afortunadamente, la situación presente parecería mostrar que ya hemos comenzado un proceso de reversión. La economía ha empezado a crecer y los índices de desocupación de 2003 muestran un leve descenso en el desempleo. Pero es importante tener en cuenta que lo que muestran diversos estudios es que, salvo que se mantengan firmes ciertos cambios en la política económica y social que implique redistribución, será difícil que el nivel de pobreza se modifique significativamente.

La CEPAL, estima que, en situaciones normales, sin grandes innovaciones tecnológicas y coyunturas internacionales tranquilas, se necesita un crecimiento del PBI de cerca del 3% para

lograr un descenso de un punto en el nivel de desocupación.

En 1991 con la salida de la “hiperinflación” se produjo un descenso del nivel de pobreza. Por aquellos tiempos el Gobierno se vanagloriaba de haber reducido la pobreza al eliminar el “impuesto inflacionario” que más afectaba a los pobres.

La advertencia de que sólo sería posible una efectiva y sostenible reducción de la pobreza si se encaraban otros cambios que implicaran una real redistribución de los bienes y servicios, en caso contrario la pobreza seguramente volvería a incrementarse, sólo provocó las iras del entonces ministro Cavallo y el secretario de Estado Llach (Minujin, 1991). Desgraciadamente el tiempo demostró la realidad de ese pronóstico y que reducir en forma efectiva la pobreza sólo es posible si se producen cambios en la estructura distributiva.

Los Nuevos Pobres Invaden La Escena

La pobreza y la indigencia han sido conceptos que han cambiado con el tiempo y que aun lo siguen haciendo. ¿Es posible que alguien que no tiene impedimentos físicos para trabajar, que ha completado estudios secundarios o superiores, que tiene una vivienda con agua corriente y luz eléctrica sea considerado pobre?

Durante muchos siglos, podríamos decir que hasta fines de la Edad Media, ser pobre era una condición de gracia. El concepto religioso de “pobres de Cristo” o “pauperes Christi” en relación con la pobreza no era el de estar en estado de necesidad sino por el contrario de cercanía con Dios.

Recién en el siglo XVI el significado de la pobreza tomó carácter económico, además de religioso. Esto fue como consecuencia de los procesos históricos vividos.

En los siglos XIV y XV el crecimiento del pauperismo y la movilidad geográfica, consecuencias de las dificultades económicas y las guerras, originaron temor al “extranjero” desconocido, frenándose así lo que antes había sido un recibimiento hospitalario al peregrino; la doctrina franciscana de la pobreza absoluta fue considerada de manera ambivalente, como una gracia, pero también como una fuente de corrupción” (Woolf, 1986)

El siglo XV fue testigo de la aparición de esa fundamental distinción entre la dignidad y la indignidad, que se remonta al Código Justiniano y que condicionaría todas las actitudes futuras ante el pobre. Según san Antonio, arzobispo de Florencia (1389-1459), la pobreza voluntaria que resultaba de la renuncia de los bienes materiales era una virtud. No así la pobreza involuntaria, resultado de las condiciones materiales. Esta, no sólo no era una virtud, sino que “propiciaría la tentación y la pereza si se alimentaba con la limosna indiscriminada” (Woolf, op. cit.).

Como podemos observar, muchas de las actitudes hacia los más pobres que vemos en la actualidad se remontan a largo tiempo atrás.

Siguiendo estas ideas, hasta relativamente tiempos recientes, pobres eran los muy ancianos o las

viudas con muchos hijos pequeños que no tenían propiedades ni medios de subsistencia o aquellos lisiados absolutamente imposibilitados de hacer alguna actividad física productiva. Es decir, aquellos que estaban impedidos de trabajar. La caridad era la respuesta y por mucho tiempo fue una actividad local. Uno de los primeros hospicios para niños y niñas abandonadas, el Ospedale degli Innocenti, se construye en Florencia, bajo los planos del genial arquitecto Filippo Brunelleschi, alrededor de 1430 (Ross, 2002).

Es sólo a finales del siglo XIX que aparecen las políticas asistenciales y comienza una preocupación sistemática por la medición de la pobreza y por la necesidad de dar dimensión a dichas políticas. El concepto de pobreza pasa a abarcar a aquellos que, aún cuando puedan trabajar, viven en condiciones de “extrema pobreza”. Esta nueva orientación encuentra su explicación en la expansión urbana y el crecimiento de los suburbios, la industrialización, el modelo de acumulación capitalista, así como las demandas de los sindicatos y partidos socialistas.

Así, vemos, en el siglo XX, el surgimiento, y también la crisis, del denominado “Estado de Bienestar”. Es decir la intervención activa del estado buscando compensar las desigualdades sociales y redistribuir los beneficios que se acumulaban en las manos de los propietarios del capital.

Aparece, asimismo, un debate relacionado con el concepto de pobreza e indigencia. ¿Se trata de conceptos absolutos o relativos? Es decir, ¿alguien que tiene lo mínimo para cubrir no debe ser considerado pobre o eso depende de la sociedad en la que esa persona está inmersa? ¿Son indigentes sólo aquellos que están desnutridos y en peligro de morir de inanición o se trata de un concepto más amplio que cubre a aquellos que no tienen una alimentación “digna”?

Dos conceptos recientes zanján y trascienden esta discusión. Por una parte, el de derecho social y por otra, el de estar habilitado o capacitado para ejercerlos.

La lucha por los derechos sociales se da en el contexto de la lucha por los derechos humanos y se refieren al derecho de todos los habitantes del planeta a poder alimentarse, educarse, acceder al cuidado de la salud, habitar una vivienda digna, en suma, tener acceso a los bienes y servicios necesarios para estar integrado socialmente, así como en el plano político y civil.

Es en este sentido que alguien que llevado por la crisis económica enfrenta dificultades que lo llevan, a él y a su familia, a sufrir carencias básicas, es considerado pobre.

No se trata sólo de una condición económica lo que determina la pobreza. Se trata también de pérdida del estatus social, de las condiciones de integración y riesgo social que conducen a situaciones de exclusión en alguna o diversas esferas de la vida ciudadana. Conlleva el sentido de “otredad” respecto a la parte “integrada” de la sociedad.

En la Argentina, el tema de las políticas y programas sociales siguió, tardía y en forma comprimida, el recorrido histórico que acabamos de mencionar. Durante el siglo XIX, las damas de caridad y la iglesia cubrían el panorama de ayuda social. Los estancieros tenían sus pobres propios y sus ahijados y ahijadas. Para mediados del siglo pasado, con la llegada del peronismo, la caridad comenzó a convivir con el asistencialismo, gestado siguiendo el modelo de estado de

bienestar europeo. Convivencia que en realidad fue enfrentamiento en el momento que Eva Perón crea la fundación que llevaba su nombre y da lugar, posteriormente, al ministerio o secretaria de Bienestar Social.

En nuestro país, así como en otros, el asistencialismo se ha convertido en sinónimo de clientelismo y pago de favores políticos entre la Nación, las provincias, las municipalidades y los punteros barriales. Esto a pesar del esfuerzo y buena voluntad de parte de los que trabajan en programas de asistencia social.

Tanto la caridad como la asistencia se dan a los pobres que lo “merecen”, lejos de ser un derecho al que accede la población por el sólo hecho de ser ciudadanos. Pero en cambio no está lejos de la distinción que se hacía en la Europa del siglo XVI de solicitantes meritorios y no meritorios. Estos últimos formaban parte de lo que se describía como los holgazanes, pícaros, vagabundos y criminales menores que pululaban por las ciudades de aquellos tiempos.

Este prejuicio respecto a los pobres no sólo ha sido parte de la visión de las damas de caridad y la oligarquía sino que también fue compartida por la clase media que vio a los pobres como a los “otros”, como a los que están afuera.

¿Será que la dura experiencia de empobrecimiento ha llevado a la clase media a ver con otros ojos el problema de la pobreza? ¿Será que la clase media habrá adquirido otro sentido de la “otredad” y la pueda aplicar como el respeto a ellos mismos y a los otros pero no como exclusión? ¿O será que a pesar de compartir privaciones se siguen sintiendo superiores a los otros pobres, los históricos o estructurales? ¿No será posible imaginar que a partir de la experiencia común se pueda construir un país, una sociedad, con reglas más transparentes, que integre y no excluya? Veremos.

En cuanto a la medición de la pobreza en el país, se puede considerar que la primera medición completa se realizó recién a comienzos de 1984 utilizando el Censo de Población Nacional de 1980. El trabajo fue realizado inmediatamente después que asumió la democracia. Fue promovido por el director del Instituto de Estadística y Censos, Luis Beccaria, y realizado por un equipo integrado por Oscar Altimir, Alberto Minujin y Horacio Somigliana (INDEC, 1984). Como se mencionó, uno de los métodos más frecuentemente utilizado para medir la pobreza es comparando el nivel del ingreso de las familias o las personas con la denominada “línea de pobreza” (LP). No obstante, en aquella ocasión y dado que el Censo de Población Nacional no contiene información sobre ingresos, se utilizó el método de “Necesidades Básicas Insatisfechas” (NBI). Se definieron cinco indicadores relacionados con las condiciones de la vivienda, el acceso a agua potable y servicios sanitarios, y otro que podía considerarse una aproximación conceptual, aunque algo lejana, a las denominadas dificultades de ingreso adecuado para la familia (INDEC, 1984). Las cifras obtenidas en aquel momento, 22,3% de hogares con necesidades básicas insatisfechas o NBI, impactaron al país por el nivel de deterioro que mostraban (aunque este dato no es comparable con el del punto anterior, dada la diferencia metodológica utilizada para su medición).

Con el objeto de profundizar en el análisis de la problemática de la pobreza, en los años ochenta se realizaron una serie de estudios que utilizaron en forma conjunta ambas aproximaciones metodológicas. Es decir, la de “Línea de pobreza” y la de “necesidades básicas insatisfechas”

(Beccaria y Minujin, 1985). Esto permitió comenzar a analizar un fenómeno que si bien se percibía, no estaba claro en aquel momento: el del empobrecimiento de los sectores medios.

Si se clasifica la población en pobres y no pobres utilizando ambos métodos, es decir el de ingreso y línea de pobreza (LP) y el de pobreza estructural o necesidades básicas insatisfechas (NBI) se obtiene un cuadro como el que se presenta a continuación.

Cuadro2. Pobreza por ingreso y pobreza estructural

Pobreza estructural	Pobreza por ingreso (línea de pobreza)	
	Pobre	No Pobre
Pobre NBI	Pobres estructurales	Pobres estructural/Inercial
No pobre (No NBI)	Nuevos pobres	No pobres

Utilizando esta clasificación, fue posible observar que los dos métodos no estaban midiendo a la misma población. Es más, se puso en evidencia que la pobreza estaba aumentando fundamentalmente porque se incrementaba el grupo de aquéllos que resultaban pobres por estar bajo la línea de pobreza, es decir por tener ingresos insuficientes para cubrir la canasta básica, pero que tenían cubiertas las denominadas “necesidades básicas”. Sucede que los indicadores utilizados para definir necesidades se relacionan básicamente con los más pobres, con aquellos que habitan en villas miseria o en barrios de viviendas “precarias”. No así el método de ingresos que mide exclusivamente las dificultades monetarias de las familias y los individuos y por lo tanto incorporan a los que sufren de una disminución en sus ingresos más allá de que habiten en una vivienda precaria.

Comienza así a cuantificarse una diferenciación que se había dado en el universo de la pobreza entre los “nuevos pobres”, sectores medios empobrecidos, y los pobres “estructurales”, aquellos históricamente desfavorecidos. En términos del Cuadro 2, se consideran “nuevos pobres” a aquellos individuos u hogares que tienen un ingreso inferior a la línea de pobreza pero tienen sus necesidades básicas “satisfechas”.

Diversos estudios de las características sociales de esos grupos mostró que se trataba de distintos sectores. Entre 1978 y 1989 se desarrolló el proyecto “Investigación sobre Pobreza en la Argentina”. Como parte del mismo se diseñó, levantó y analizó una encuesta a hogares orientada a estudiar la problemática de la pobreza en diversas áreas urbanas del país. El proyecto elaboró también una serie de trabajos y estudios que sentaron las bases para muchos trabajos posteriores (INDEC, 1990). Por una parte, el que presentaba “necesidades básicas insatisfechas” mostraba el perfil habitual señalado por los estudios de pobreza en la región: bajo nivel de educación, alta fecundidad, familias ampliadas, etc.

Por otra, el formado por los que sólo tenían dificultades de ingreso no se diferenciaba de los denominados “no pobres”, en particular, de aquéllos que los seguían en la distribución del ingreso.

Como puede observarse en el Cuadro 3, estas diferencias se mantienen. Los datos para el año 2000 muestran que, por ejemplo en el caso de los pobres estructurales el 90% de los hogares incluye algún menor de catorce años, mientras que esto desciende a 61,3% para los nuevos pobres y 58,7 en el conjunto total. Cuatro de cada diez jefes de hogar pobre estructural no terminó la escuela primaria y sólo un 4,6% tienen nivel educativo de nivel secundario o más. En el caso de los jefes de hogares “nuevos pobres” el nivel de educación es marcadamente superior. Un 13,2% de ellos tiene educación secundaria o superior y casi el 80% completó al menos la escuela primaria.

Cuadro 3. Presencia de menores de 14 años que según pobreza y máximo nivel educativo alcanzado por los jefes de hogar.

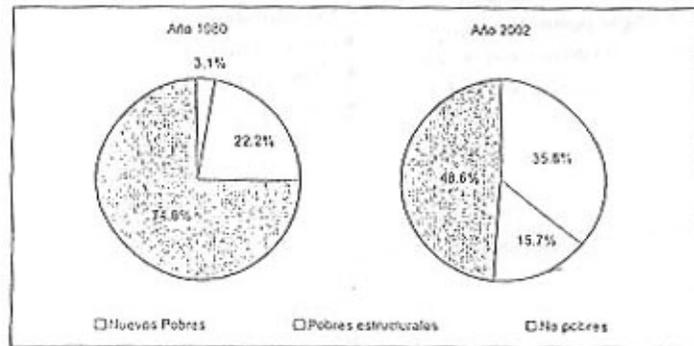
Presencia de menores de 14 años según pobreza y máximo nivel educativo alcanzado por los jefes de hogar

	Año 2000		
	LP y NBI	Sólo LPE	Total
No	10.0	38.7	58.7
Sí	90.0	61.3	41.3
Total	100.0	100.0	100.0

Máximo nivel educativo alcanzado por los jefes de hogar

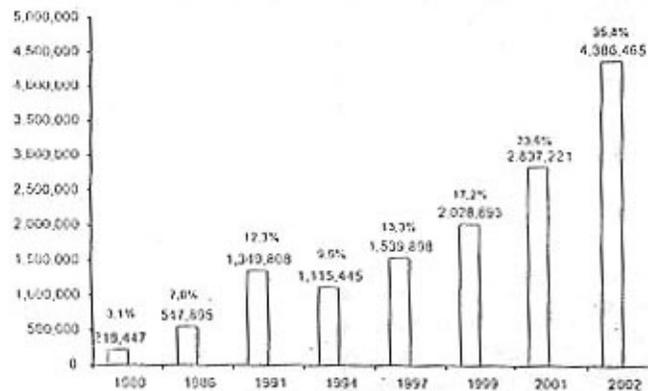
	Año 2000		
	LP y NBI	Sólo LPE	Total
Hasta primario incompleto	40.4	21.2	14.3
Primario completo	42.8	45.9	32.3
Secundario incompleto	12.2	19.8	17.1
Secundario completo y más	4.6	13.2	36.3
Total	100.0	100.0	100.0

De cualquier forma, lo que se puso en evidencia es que con el proceso de empobrecimiento general de la población un grupo distinto se incorporaba en el universo de la pobreza. Este grupo estaba conformado básicamente por sectores medios en plena caída, los denominados “nuevos pobres”. El análisis más detallado de estos grupos y el seguimiento en el tiempo mostró que, si bien una gran proporción de los nuevos pobres correspondía a sectores medios empobrecidos, una parte mayor correspondía a población que había logrado salir de la pobreza y retornaba a ella (Minujin, 1992). En los gráficos siguientes se puede observar el impresionante incremento de los “nuevos pobres”.



Nota: los datos correspondientes al año 2002 corresponden al mes de mayo.

Gráfico 5. Evolución de la población según pobreza por ingresos y estructural. Gran Buenos Aires, 1980 y 2001.



Nota: los datos correspondientes al año 2002 corresponden al mes de mayo.

Gráfico 6. Evolución de los nuevos pobres. Gran Buenos Aires 1980-2001 (en millones de personas y como porcentaje de la población total)

Los gráficos anteriores permiten observar con absoluta claridad que el aumento de la pobreza se debe a la caída de los señores medios. Los “nuevos pobres” se quintuplican entre 1980 y 2001. Las últimas estimaciones hablan de más de 30% de nuevos pobres cuando en 1980 eran insignificantes. Esta cifra está indicando que una amplia proporción de los sectores medios se encuentra por debajo de la línea de pobreza. Al presente, una parte significativa de la clase media tiene ingresos por debajo de la línea de pobreza.

Soltando Amarras

Pero el proceso de empobrecimiento arrastró a amplios sectores sociales, muchos de los cuales no cayeron por debajo de la línea de pobreza sino que están en lo que algunos denominan zona de “riesgo social”. Están en riesgo de caer en la pobreza o más bien de no poder cubrir los mínimos indispensables para su familia.

Autor. Minujin - Anguita

La aparición de los nuevos pobres no sólo implicó la heterogeneización del universo de la pobreza, sino también el quiebre de los lazos culturales y sociales de la clase media. Analicemos estos dos aspectos.

La heterogeneidad dentro del universo de la pobreza se da, por una parte, por las significativas diferencias que presentan los pobres estructurales respecto a los nuevos pobres, tanto en sus características y trayectorias, así como en las formas que encaran la supervivencia y adaptación a su nueva condición. Pero, a su vez el mundo de los nuevos pobres es en sí mismo heterogéneo.

Al respecto, Minujin y Kessler señalaban, a comienzos de los años noventa, cuando se vislumbraba el actualmente conocido y reconocido proceso de quiebre de la clase media que,

Si bien todos perdieron (los nuevos pobres), hay profundas diferencias en el tipo de vida pobre o empobrecida que van llevando. La heterogeneidad es el rasgo central de la nueva pobreza. ¿Pero, en qué radica en concreto lo nuevo de la nueva pobreza? ¿Por qué hablar de heterogeneidad, de distintos tipos de vida pobre donde a simple vista sólo vemos individuos y familias compartiendo un mismo piso común de magros ingresos y muchas carencias?

Una primera pista, indicaban ambos autores, la da el amplio proceso no sólo de decrecimiento sino de dispersión de salarios e ingresos. Así, la nueva pobreza se fue configurando con los que resultaron perdedores de cada categoría ocupacional.

Se fue formando un nuevo universo de lo más variado con diversas características, integrado por empleados públicos de todo tipo, obreros de especialidades diversas, jubilados, empleados de comercio, desempleados, cuentapropistas, profesionales, gente de campo. Expulsados de ese otro territorio heterogéneo que, a falta de un mejor nombre, acostumbramos a llamar "la clase media argentina" se reencuentran en la pobreza. La heterogeneidad se origina en que no es sólo el ingreso presente lo que define las condiciones de vida de los nuevos pobres: también entran en juego factores de tipo económico, cultural y social vinculados con el pasado de cada uno, con su vida de no pobres. Una diversidad de recursos, distintos del capital económico ya esfumado, se transformarán en sus herramientas principales una vez en la pobreza (Minujin y Kessler, op.cit.)

Sea como fuere, lo que se produce es una creciente diferenciación entre aquéllos que en algún momento fueron pares. No es necesario recurrir a la comparación entre los casos extremos de aquellos que perdieron y aquéllos que ganaron para evidenciar esta fragmentación. Las trayectorias de la caída han sido muy diversas, lo cual arroja como resultado un aspecto común que es el empobrecimiento, pero hay muchos aspectos diferenciales relacionados en cómo cada familia y cada persona se ubicó en esta caída. Se trata de un fenómeno social colectivo que no se resuelve en forma colectiva sino individual y da por resultado el fraccionamiento y fractura de la sociedad y muy particularmente de la clase media.

Una de las cosas que debería producir más pánico es el pensar lo que está pasando con las nuevas generaciones y proyectarlo al futuro. El empobrecimiento económico, cultural, educativo, ético y moral que hemos sufrido en las últimas décadas golpea mucho más allá que a los pobres estructurales y a los nuevos pobres, golpea en su conjunto y sin duda compromete sus posibilidades presentes y futuras.

Todos los grupos de edad se ven afectados por vivir en condiciones de pobreza. Sin embargo, por diversas razones, la infancia es la que resulta más golpeada. En efecto, es durante ese período en que se adquieren las habilidades básicas, tanto en el plano afectivo como cognitivo. Habilidades que permitirán el desenvolvimiento en la vida adulta. Es en esta etapa cuando resulta posible intentar romper el “círculo vicioso” de la pobreza.

Por otra parte, la infancia representa un espacio privilegiado para implementar transformaciones que lleven a la construcción de sociedades más inclusivas, a formas de convivencia más solidarias y democráticas. Esto por varias razones; en primer lugar, teniendo en cuenta que las situaciones de exclusión y vulnerabilidad son el resultado de un proceso de acumulación de desventajas que se inicia con el comienzo de la vida y se potencializa con el paso del tiempo, la infancia representa un momento óptimo para acumular conocimientos y fomentar la creatividad, así como para adquirir las herramientas necesarias que garanticen la adecuada inclusión de este grupo poblacional en la economía y la sociedad en el futuro cercano. En segundo lugar, surge la infancia como un espacio ideal para implementar transformaciones que, teniendo la Convención Internacional sobre los Derechos del Niño como referencia, conlleven al fortalecimiento de los valores de equidad, solidaridad y tolerancia, factores claves en la construcción de sociedades incluyentes y democráticas y necesarios para avanzar hacia una sociedad de derechos. Finalmente, desde un punto de vista económico, diversos estudios han demostrado la alta tasa de retorno de la inversión temprana en la infancia, así como la importancia de la inversión en capital humano para el desarrollo económico (Mauras, Minujin y Perzsek, 1999),

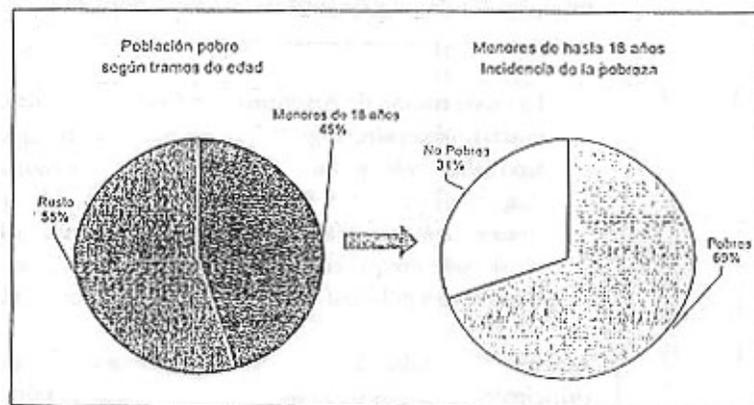


Gráfico 7. Pobreza en niños, niñas y adolescentes menores de 18 años.
Total de aglomerados urbanos, mayo 2002

Dada la preeminencia de niños y niñas entre los más pobres, podemos observar, desgraciadamente, que en la Argentina de hoy se cumple aquello de que casi la mayoría de los pobres son niños, niñas o adolescentes y también que la mayor parte de los niños, niñas y adolescentes del país son pobres. De acuerdo con las cifras de mayo de 2002, siete de cada diez niños menores de catorce.

Esta situación trasciende en mucho el dolor que significa el que tantos niños y niñas indefensos sufran carencias de todo tipo. Hace a las posibilidades presentes y futuras de nuestro país.

Estamos ante un país que ha des-invertido sistemáticamente en la infancia por años. En el cual las últimas generaciones han nacido y se han desarrollado en familias con crecientes dificultades económicas que necesariamente deben restringir gastos básicos en alimentación, salud y educación. En forma simultánea, el sistema público de salud y educación se fue derrumbando. No se requiere más que pensar un momento para tomar conciencia de la pérdida que significa para la sociedad, para el país, lo que está pasando con las generaciones presentes creciendo con la pérdida del sentido de la educación y del trabajo como socializantes y medios para el mejoramiento individual y colectivo.

Un reciente estudio analiza el descenso de la mortalidad infantil en la Argentina y su conclusión es no sólo lamentable sino triste cuando se piensa que se trata de niños y niñas que mueren. El estudio señala que el descenso de la mortalidad infantil y de menores de cinco años en el país ha sido significativamente menor a la que podría esperarse.

La comparación de Argentina con Chile y con una de sus propias provincias, Neuquén, sugiere que no han sido restricciones económicas sino fallas en las políticas que hicieron que la mortalidad descendiera despacio. Tanto en el caso de Chile como de Neuquén la mortalidad descendió mucho más rápido que en el conjunto de la Argentina, principalmente porque en esos dos casos se hizo más para lograr el acceso a los servicios públicos de salud de los más pobres (McGuire, 2001).

Agrega: “El estudio de la Argentina tiende a confirmar (por la negativa) los principales hallazgos de la literatura sobre ‘buena salud a bajo costo’”. Dicha literatura muestra cómo una serie de países y regiones lograron grandes disminuciones en la mortalidad infantil en situaciones de restricciones económicas y con un bajo ingreso per capita (como por ejemplo China, Costa Rica, Cuba, Jamaica, Sri Lanka, el estado de Kerala en la India, o el de Ceara en Brasil). Por el contrario, la reducción de la mortalidad infantil en la Argentina fue muy lenta a pesar de presentar una más favorable situación económica y un ingreso per capita varias veces superior. No se trata de ningún milagro en los otros lugares o mala suerte en la Argentina. Simplemente una diferente atención en la salud pública.

Varios trabajos presentan evidencias de que los programas de alimentación proporcionados por el gobierno, muy especialmente durante el periodo de Menem, fueron más un instrumento para lograr apoyo político que era mejorar el estado de nutrición infantil (Lloyd y Sherlock, 1997; Repetto, 2000). El famoso “clientelismo”.

En 1960 en la Argentina de cada 1.000 niños y niñas que nacían vivos 60 morían antes de cumplir un año. En ese mismo momento en Chile morían 115. Nuestro país en el contexto de la región estaba relativamente bien. Para 1995, Chile redujo su mortalidad de manera que de cada 1.000 nacidos vivos sólo morían 10; mientras que en nuestro caso morían 23. Es decir, que en ese año se podría haber evitado la muerte de al menos 13 bebés por cada 1.000 nacidos vivos. En el año 2000 murieron en la Argentina 11.619 chicos antes de cumplir el primer año de vida. Seis de cada diez de estas defunciones podrían haberse evitado con intervenciones de bajo costo (UNICEF, Ministerio de Salud e INDEC, 2002). Tendremos que tomar conciencia que el descuido en las políticas públicas ese sólo año costó la vida de más de 7.000 niños y niñas.

Autor. Minujin - Anguita

Multipliquemos esto por varios años y tendremos una pavorosa cifra. ¿Quién se hace responsable por esta tragedia?

¿Qué podemos esperar del futuro de un país que somete a esta condición a sus niños y niñas?
¿Qué responsabilidad nos cabe a los adultos, muchos de los cuales hemos vivido en otras condiciones? ¿Qué duda puede haber de qué es necesario tomar otro rumbo?